

# REDEFINIENDO EL REGISTRO MATERIAL. IMPLICACIONES RECIENTES DESDE LA ARQUEOLOGÍA DEL PAISAJE ANGLOSAJONA

## *REDEFINING THE MATERIAL RECORD. RECENT IMPLICATIONS FROM ANGLO-AMERICAN LANDSCAPE ARCHAEOLOGY*

JAVIER SOLER SEGURA (\*)

### RESUMEN

Tras examinar brevemente la evolución en el ámbito anglosajón de las definiciones de registro arqueológico, así como del proceso por el cual se va conceptualizando lo espacial en la disciplina, se argumenta que el paisaje se concibe como otra manera de ampliar las definiciones manejadas de registro. Rastreados ambos procesos se analiza, tras concretar algunos de sus referentes teóricos, qué es lo que actualmente se entiende en Arqueología por *paisaje*, así como la manera en que se está abordando. De esta forma se concretan y valoran sus singularidades, se rastrean algunas de las influencias que han llevado a plantear el problema del paisaje y se evalúan las repercusiones que sus afirmaciones suponen para el estudio del pasado en Arqueología.

### ABSTRACT

*After offering a brief analytical description of the evolution of definitions of the archaeological record within the Anglo-American world and specifically of the spatial, the conceptualization of landscape is considered yet another way of augmenting the catalogue of definitions that characterize the discipline of Archaeology. An examination of both processes, including attention to pertinent theoretical issues, analyzes just what is understood in Archaeology by landscape and how exactly it came to be conceptualized. This scrutiny allows an evaluation of the singularities of the concept and offers an appraisal meant to elucidate just what*

*led to expounding the idea of landscape. Furthermore, this commentary permits a tentative assessment of the repercussions such conceptual parameters entail and constitutes, implicitly at least, an effort to elaborate and sustain a promising horizon in the discipline.*

**Palabras clave:** Teoría arqueológica. Arqueología del Paisaje. Registro arqueológico. Dimensión espacial. Historiografía.

**Key words:** *Theoretical Archaeology. Landscape Archaeology. Archaeological Record. Spatial Dimension. Historiography.*

### 1. INTRODUCCIÓN

De entre la producción científica generada en los últimos años en el campo de la prehistoria destacan, por su dinamismo y calidad reflexiva, los estudios que se enmarcan dentro de la denominada Arqueología del Paisaje, término con el que recientemente se ha conceptualizado el estudio de la *dimensión espacial* de las sociedades del pasado. Por *dimensión espacial* se hace referencia en este texto al conjunto heterogéneo de estudios desarrollados desde las llamadas Arqueología Espacial, del Territorio o del Paisaje, intentando con ello respetar los distintos énfasis teóricos que han conformado a dichos enfoques.

Aunque a simple vista puedan parecer un desarrollo más de anteriores formas de abordar el registro arqueológico, lo cierto es que en algunos de esos estudios se están llevando a cabo, a veces de forma velada, el cuestionamiento de algunas premisas

(\*) Becario de Investigación del Gobierno de Canarias. Dpto. de Prehistoria, Antropología e Historia Antigua. Facultad de Geografía e Historia. Campus de Guajara, Universidad de La Laguna. Santa Cruz de Tenerife, 38071. Correo electrónico: jsoler@ull.es  
Recibido: 14-VI-2006; aceptado: 14-XI-2006.

esenciales de la práctica arqueológica. Lo que parece diferenciar a estos estudios de eclosiones teóricas pasadas es que, frente a lo ocurrido con anterioridad, la reflexión y crítica teórica vienen acompañadas de un utillaje metodológico que comienza a ser asumido, en ocasiones de forma inconsciente, por investigadores alejados de los estudios del paisaje.

Este artículo persigue aproximarse a las investigaciones y aportaciones teórico-metodológicas que algunos arqueólogos anglosajones han desarrollado en la última década dentro de la llamada Arqueología del Paisaje. Dicho de otra manera, las líneas que siguen pretenden ofrecer una contextualización y valoración de estos nuevos estudios con el fin de analizar y evaluar la viabilidad de estas aproximaciones para el estudio del pasado. Como consecuencia de la riqueza y complejidad de la producción bibliográfica realizada por dichos investigadores, se hace necesario acotar el estudio temporal y geográficamente. Así, las líneas que siguen intentan aproximarse a los estudios del paisaje que han sido elaborados, fundamentalmente, en el ámbito anglosajón en las dos últimas décadas. Esto, por supuesto, no implica que similares esfuerzos teóricos y metodológicos no se estén llevando a cabo en otros ámbitos geográficos, incluido nuestro país. Aunque este artículo pretenda centrarse en las referencias que con mayor profusión son citadas en los estudios anglosajones del paisaje, lo cierto es que no pueden obviarse los desarrollos que diversos arqueólogos españoles están planteando en la actualidad, muchos de los cuales se articulan bajo algunas de las premisas que se exponen en esta reflexión (1).

En general, y como veremos, este conjunto heterogéneo de autores ha redefinido su objeto de estudio con el fin de enriquecer sus explicaciones sobre el comportamiento espacial de las sociedades pretéritas y actuales. Esto les ha llevado a cuestionar o descartar algunos de los conceptos empleados tradicionalmente, y, en consecuencia, a trazar sutiles diferencias. Es en este sentido en el que debe

entenderse el paulatino énfasis otorgado al concepto de *paisaje*, en contraste con términos tan aparentemente similares como los de *espacio* o *territorio*, que expresan, en función de la orientación teórica de cada autor, una relevancia hacia aspectos teórico-metodológicos muy concretos.

Pese a que el grupo principal de los aquí analizados ha sido asimilado al postprocesualismo y al posmodernismo (por ejemplo Barbara Bender, Mark Edmonds, Julian Thomas o Christopher Tilley), las recientes aproximaciones a la dimensión espacial en Arqueología están siendo dirigidas también por autores como Wendy Ashmore, John C. Barrett, Richard Bradley, Timothy Darvill, Tim Ingold, Andrew Sherratt, etc, que están muy lejos de adscribirse a dichas posturas. No obstante, todos ellos emplean y manejan, independientemente del posicionamiento teórico que defienden, un vocabulario, unas temáticas y unas ideas comunes que rompen con las anteriores formas de aproximarse a lo espacial. Así, y aunque con importantes matices, esta nueva forma de abordar la dimensión espacial en Arqueología podría explicarse, en parte, por los cambios experimentados dentro de la disciplina ante eso que ambiguamente se denomina *crítica a la modernidad*. Dicho término hace referencia a la puesta en cuestión de principios y categorías concebidas como naturales y ha supuesto, se llegue a estar o no de acuerdo con ello, un enriquecimiento disciplinar muy importante al incorporar en las explicaciones del pasado variables no consideradas hasta ahora. Pero por otra parte, deben también valorarse las influencias de otras tradiciones teóricas como el feminismo, la geografía humanística, la hermenéutica o el propio desarrollo interno de la Arqueología, pues han favorecido la aparición de aproximaciones dentro de la disciplina que persiguen resolver muchas de las limitaciones que comenzaron a señalarse en la década de los años ochenta.

El empleo por parte de los arqueólogos de términos como paisajes culturales, simbólicos, sagrados, cognitivos, etc, ha permitido encauzar las insatisfacciones que, en los últimos años, generaron las visiones economicistas y/o adaptacionistas de la dimensión espacial. El decidido acercamiento a dichos aspectos ha ido articulando diversas estrategias que intentan incorporar variables menos evidentes del conocimiento humano, elementos que no siempre pueden ser detectados fácilmente en el registro arqueológico.

La consecuencia práctica más directa de todo

(1) Para valorar las aportaciones realizadas desde el ámbito español pueden verse las tendencias que sobre este tema se trataron en 1998 en el Congreso de Arqueología del Paisaje de Teruel. Una atención más específica merecen las importantes contribuciones que ofrecen los trabajos realizados por Felipe Criado Boado y el Laboratorio de Arqueología y Formas Culturales de la Universidad de Santiago de Compostela-CSIC, así como los del grupo de investigación ATLAS de la Universidad de Sevilla o los del equipo de investigación del proyecto "Estructura social y territorio: Arqueología del paisaje" del Instituto de Historia del CSIC.

esto es la creación de un aparato metodológico que está comenzando a desarrollarse en algunas investigaciones recientes. Se están dejando de lado herramientas que han constituido la base analítica del estudio de la dimensión espacial (desde los polígonos Thiessen hasta los análisis de captación económica), para acentuar planteamientos que profundizan en relaciones físicamente menos tangibles. Es en este sentido en el que debe valorarse la relevancia otorgada a aspectos como la visibilidad, pues ofrecen nuevas posibilidades para el estudio arqueológico, permitiendo así enriquecer las explicaciones del pasado.

De entre sus repercusiones, la que parece mostrar mayor trascendencia es la que se relaciona con las limitaciones que, para la disciplina, presenta el registro arqueológico. Aunque no llega a abordarse explícitamente, muchos de estos autores terminan evidenciando las deficiencias que plantean las distintas definiciones manejadas de registro arqueológico, al tiempo que reclaman la superación de dichas limitaciones. En este sentido, puede argumentarse que muchos de los esfuerzos que se están llevando a cabo dentro de la Arqueología del Paisaje se orientan a trascender las limitaciones que la materialidad del registro arqueológico impone a los estudios del pasado. El desarrollo metodológico experimentado, la insistencia en nuevos aspectos y el abandono de determinadas técnicas de análisis, buscan ampliar, mediante la aplicación de elementos más perceptivos, la definición de lo que es el registro arqueológico y, por ende, ofrecer explicaciones que abarquen y den respuesta a un mayor número de incógnitas.

En resumen, no se trata de examinar detalladamente a cada uno de estos autores, ni mucho menos todas sus aportaciones, pues como se podrá comprobar, no todos aceptan la amplitud de argumentos esgrimidos, aunque sí comparten intereses comunes. Lo que se persigue, en última instancia, es analizar el impacto que ha tenido en Arqueología, y concretamente en los análisis de la dimensión espacial, algunas de las reformulaciones teóricas que han afectado recientemente al resto de disciplinas sociales. Se busca, por tanto, valorar su asimilación atendiendo, fundamentalmente, a las reflexiones contenidas en sus aplicaciones prácticas, argumentando cómo el reciente desarrollo de los estudios del paisaje (en sus más diversas acepciones) parece ser consecuencia del intento por trascender las limitaciones que el registro arqueológico impone a nuestras explicaciones del pasado.

## 2. LA MATERIALIDAD DEL REGISTRO ARQUEOLÓGICO

Desde sus orígenes, la Arqueología se ha visto en la necesidad de hacer frente a un problema fundamental, en la medida en que merma sus pretensiones de ciencia social y afecta a todos los aspectos de la disciplina. Se trata de las limitaciones que, directa e indirectamente, impone el registro arqueológico. Es decir, las repercusiones teóricas y metodológicas que supone estudiar una realidad tan compleja como las sociedades humanas a partir de retazos materiales como la cerámica, los huesos o los útiles líticos.

Lo que puede definirse como *el problema de la materialidad* hace referencia a las limitaciones que las diversas concepciones del registro material imponen al trabajo cotidiano de la Arqueología. Toda pretensión por ir más allá de la mera identificación de evidencias físicas, del reconocimiento de actividades económicas o de la valoración de imposiciones ecológicas ha de enfrentarse, necesariamente, a las limitaciones y deficiencias que el registro arqueológico plantea para sus inferencias.

Un rápido vistazo a la bibliografía de los últimos setenta años permite identificar, como elemento recurrente, los intentos que los arqueólogos han realizado al abordar el estudio de las evidencias empíricas, ya sean elementos cerámicos, óseos o de cualquier otra índole, obtenidos en el proceso de excavación arqueológica. Estos esfuerzos han pretendido superar las limitaciones del registro mediante la ampliación de la información a bajar, de expresar lo más posible los datos disponibles, de intentar descubrir una nueva evidencia que permita ir más allá de la mera concreción del registro, básicamente, de superar la realidad física del objeto analizado. Así, y como se desprende de las distintas obras que abordan la historia de la Arqueología, aquello que ha ido definiéndose como dato arqueológico, es decir, el registro material, ha ido progresiva e ininterrumpidamente ampliándose y complejizándose hasta adquirir límites inabarcables.

La ampliación de esta base empírica puede percibirse con detalle en el propio proceso de recuperación de datos sobre el terreno: en la excavación arqueológica. Como ha recordado recientemente Steve Roskams, las aproximaciones al trabajo de campo arqueológico se han transformado a lo largo de los años, reflejando el desarrollo de las estructuras ideológicas, tecnológicas y sociales (Roskams 2003: 19-43). En este proceso de transformación de

las técnicas y métodos de excavación puede identificarse el cambio de orientación que marca la paulatina ampliación de la definición de registro material. De la apertura de túmulos mediante la realización de fosas a finales del siglo XIX, se abogó, durante la primera parte del siglo XX, por el empleo de cuadrículas y catas, promoviendo así el control estricto de la estratigrafía. Posteriormente se pasó a la excavación de yacimientos en amplias áreas abiertas, con la insistencia en la identificación de las relaciones estratigráficas y en la precisión del dibujo durante los años 60, para finalmente, en las últimas décadas, insistir en el desarrollo de técnicas que reconozcan las diferencias de tonalidad en los distintos tipos de estratos o registren la formación y transformación de los depósitos arqueológicos (Roskams 2003: 25-26).

Este proceso de renovación constante de las técnicas de excavación refleja mucho más que la simple evolución de la metodología arqueológica. Por ejemplo, como a nadie se le escapa ya, hasta el desarrollo de la técnica de datación por radiocarbono, a finales de los años 40 del siglo pasado, se prestaba poca o ninguna atención a los residuos de carbón en las excavaciones arqueológicas. Sólo después de los años 50 tales residuos fueron buscados y recogidos con todo cuidado para remitirlos a los laboratorios y examinar su contenido (Watson *et al.* 1974: 128). Sin embargo, este hecho, que podría interpretarse como la aplicación en Arqueología de los logros técnicos desarrollados en otras disciplinas, no podría entenderse si no se partiera de una determinada concepción de la Arqueología que reclama el uso sistemático de métodos científicos para el estudio del pasado.

Como también se evidenciará en líneas posteriores al tratar el paisaje, la aplicación de la fotografía aérea, del carbono<sup>14</sup>, de la dendrocronología, de los equipos de teledetección, de la informatización de los registros del yacimiento, de GPSs, de Sistemas de Información Geográfica, etc, supone el reconocimiento de la necesidad de contar con un mayor número de información que permita profundizar en aspectos no registrados hasta entonces. Pero esta evolución de las técnicas de trabajo de campo supone también una transformación en la visión de la naturaleza de los datos arqueológicos y, por tanto, de la interpretación manejada de registro material.

Es en este sentido en el que debe entenderse el cambio que en los últimos años ha sufrido este proceso de acumulación de nuevos datos. Para una

serie de autores, los nuevos esfuerzos llevan implícitos una distinción muy significativa. A diferencia de lo que ocurriera en épocas anteriores, lo que ahora se plantea es un desplazamiento del énfasis otorgado a la materialidad, entendida ésta como una propiedad natural y objetiva de los elementos que componen el registro arqueológico. En otras palabras, lo que está ocurriendo, o mejor dicho, lo que ya ha sucedido en algunos ámbitos de la Arqueología, es que se ha pretendido, y en ocasiones logrado, romper con la tradicional limitación que ha impuesto el objeto, para dar paso a nuevas perspectiva de análisis que incorporan unas tradiciones que, como veremos, no habían tenido cabida en la Arqueología y que, independientemente de si se está de acuerdo o no con ellas, lo cierto es que enriquecen significativamente a esta disciplina.

Pero ¿qué tiene que ver este problema, este trauma sin resolver, con el paisaje, con la aplicación de métodos y técnicas que tienen en el ámbito territorial su centro de atención? Contemplado globalmente, este énfasis por aproximarse al estudio del *Landscape* no es más que otra vuelta de tuerca en el trauma de la materialidad del registro arqueológico, es decir, otra forma de abordar y resolver el mismo problema. Como se verá más adelante, el paisaje como temática implica en Arqueología ahora mucho más que un simple campo, es la plasmación de un interés que va más allá. Con el paisaje estos autores aspiran a abrir nuevos caminos dentro de la disciplina, buscan trascender las estrechas definiciones de registro arqueológico, pretendiendo ampliar pues, las miras de la Arqueología incorporando nuevos elementos a considerar y nuevas evidencias no interpretadas tradicionalmente como *físicas*.

## 2.1. La transformación del registro material en Arqueología

En comparación con otros aspectos teóricos, no han sido muchas las ocasiones en las que los arqueólogos han analizado de forma explícita las implicaciones que la materialidad del registro presenta en Arqueología. Es cierto, sin embargo, que constituye un problema que aparece de forma intermitente en la mayoría de reflexiones teóricas realizadas, aumentando de forma importante a partir del impacto de la crítica postprocesual. Tal hecho debe entenderse, siguiendo a Linda Patrik

(2000: 109-110), como consecuencia de la falta de una sistematización en su definición, en la medida en que se asocia, sin excesivo problema, evidencia con registro material. Cuáles son los componentes básicos del registro, cómo se define lo que se registra, o cómo se interpretan los procesos de formación de las distintas características y de su ordenación son aspectos fundamentales para la disciplina arqueológica, y que han sido entendidos a lo largo de los años de forma muy diferente.

El registro arqueológico podría definirse como aquellas evidencias manejadas por los arqueólogos en su pretensión por dilucidar las pautas de comportamiento de las sociedades del pasado. Dichas evidencias abarcarían desde los propios objetos materiales, fruto de las actividades humanas, hasta los procesos simbólicos, pasando por los factores medioambientales, las pautas de comportamiento o la propia documentación bibliográfica generada por los investigadores.

Sin embargo, una definición de tal calibre lleva implícita para algunos la consideración de que el registro arqueológico lo componen todos aquellos datos relevantes que contribuyan a resolver el problema particular del investigador (Watson *et al.* 1974: 128). Es decir, el registro arqueológico se constituye como un gran saco sin fondo que reúne todas las evidencias que puedan inferirse de los objetos analizados. En esencia, lo que esto está planteando es la incapacidad, que algunos arqueólogos otorgan a la Arqueología, de ser una disciplina capaz de explicar los complejos procesos que caracterizan a las sociedades humanas, en la medida en que sólo a través del aumento de la información se podrá explicar de forma veraz el pasado.

Esta idea puede rastrearse en muchos de los estudios que tradicionalmente han pretendido una sistematización del registro arqueológico. Un ejemplo, profusamente citado, es la metáfora que Christopher Hawkes planteó en 1954. En dicho estudio discutía la necesidad de tener en cuenta hasta siete niveles de inferencia en lo que al registro material se refiere. Postuló que las inferencias sobre las actividades humanas se organizan en una escala creciente de dificultad que tiene en la tecnología la categoría más baja y sencilla, mientras que en la economía, la organización social y política y la ideología los niveles más altos y complicados (Hawkes 1954 en Trigger 1992: 362; Johnson 2000: 116-117). En esta metáfora piramidal, también conocida como *jerarquía de Hawkes*, los siete niveles de inferencia condensan, en opinión de

muchos arqueólogos, las dificultades que deben afrontarse cuando se estudia el pasado a partir del registro material. En ella se acepta, implícitamente, la necesidad de contar primero con la información procedente de los niveles más bajos, para luego pretender ir ascendiendo en el conocimiento de otros aspectos, no tan tangibles, de las sociedades del pasado. Sin embargo, y como ya apuntaron algunos críticos del procesualismo, esta forma de abordar el estudio del pasado conlleva, en sí misma, la imposibilidad de poder acceder a esferas más altas de la jerarquía, en la medida en que nunca se podrá contar con la suficiente información para ir abordando escalones más altos.

Desde este punto de vista, los restos materiales son tratados como representación actual de determinados aspectos del pasado (Barrett 2002: 142). Es decir, que queda implícita la idea de que si se conocen las pautas de formación del registro arqueológico pueden conocerse las diferentes operaciones acontecidas en el pasado. De esta forma, los mecanismos que crearon cada uno de esos patrones son abordados en términos generales, es decir, en términos de procesos universales que se repiten en un cierto plazo de tiempo y de espacio y que dan lugar a agrupaciones de materiales y a organizaciones jerárquicas internas (*ibidem*: 144).

Una breve aproximación a las formas en que la disciplina arqueológica se ha aproximado al estudio del registro material puede ejemplificar esta idea. Quede claro que no se pretende un estudio minucioso de cómo se ha producido, los problemas que ha planteado o las repercusiones que ha ocasionado esta transformación, sino tan sólo evidenciar el paulatino cambio de énfasis que los arqueólogos han ido experimentando al abordar el registro material.

A grandes rasgos, la visión que sobre el registro arqueológico se plantea durante la primera etapa de la Arqueología como disciplina se basa en la idea, ampliamente desarrollada por la arqueología histórico-cultural durante los siglos XIX y XX, de que los objetos, en su agrupación en culturas arqueológicas, constituyen la expresión material de los pueblos del pasado. Esta idea, que se canaliza a partir de intereses nacionalistas y étnicos, condicionó el estudio del registro enfatizando las características únicas y circunscribiendo geográficamente dichas entidades arqueológicas. Las culturas así se definían a partir de listas de tipos de objetos que, en combinaciones y distribuciones, generaban colecciones de características individuales (Trigger

1992: 181-182). Sin entrar en las profundas implicaciones que esta concepción del registro supuso en las explicaciones ofrecidas en los estudios arqueológicos, lo cierto es que esta visión limitó significativamente el grado de información que pudiera derivarse del registro material. En la medida en que se destacaban las diferencias y particularidades observadas entre los objetos, más que los aspectos que pudieran tener en común, se llegaron a generar complejas clasificaciones crono-tipológicas que definían a subgrupos específicos dentro de distintas subculturas que componían un único horizonte cultural. En esencia, lo que se estaba aceptando era que un número reducido de rasgos materiales podían describir y explicar la complejidad de las culturas del pasado.

Pese a importantes excepciones, entre las que destacan, por supuesto, los últimos trabajos de Gordon Childe, lo cierto es que la información desprendida de esta forma de entender el registro, vista con perspectiva, se podría considerar como insuficiente. Sin embargo, esta idea negativa del registro arqueológico fue magnificada de forma peyorativa por la Nueva Arqueología Americana, en su pretensión por erigirse en alternativa a la arqueología histórico-cultural (Johnson 2000: 37). Tal precariedad, que no impidió la consecución de importantes logros, responde a una determinada forma de hacer y entender la Arqueología que dista mucho del posterior interés por los aspectos sociales y económicos. Y que por tanto debe valorarse en función de los propios objetivos perseguidos por la arqueología histórico-cultural, no a partir, como pretendió la Nueva Arqueología, de las limitadas soluciones que ofreciera a problemas que no se habían planteado. En última instancia, lo que esta visión estática del registro generó fue la identificación de rasgos descriptivos que capacitó a generaciones posteriores de arqueólogos para ordenar racionalmente conjuntos, aparentemente desconectados, de objetos. Es decir, planteó las bases para posteriores modelos secuenciales de ordenamiento tipológico que comenzaban a asumir el desarrollo tecnológico y económico como relevantes en el estudio del pasado (Clarke 1984: 8).

Frente a esta forma de abordar el estudio del registro material, se impondrá, aunque sin eclipsarla totalmente, una visión alternativa que enfatizará las potencialidades del registro arqueológico, subrayando el orden sistemático de los restos conservados. Frente a las descripciones tipológicas tradicionales, la Nueva Arqueología planteará la

viabilidad de aproximaciones más positivas a las limitaciones del registro arqueológico, es decir, reconocerá la posibilidad de inferir consecuencias socioeconómicas del estudio de los artefactos materiales, avanzando así en la jerarquía de Hawkes.

Imbuidos por principios positivistas y neoevolucionistas entenderán que el problema del registro arqueológico no reside tanto en la naturaleza de los datos, sino en la incapacidad de los arqueólogos para plantear problemas interpretativos de relevancia (Trigger 1992: 362). En palabras de Watson *et al.* (1974: 126), la relación entre los restos y los objetos originales y la relación entre éstos y la estructura social está ahí, y la misión del arqueólogo consiste en encontrar los métodos para descubrirlas e interpretarlas. Este énfasis en la incapacidad por parte del arqueólogo condicionará el desarrollo de todo un bagaje teórico y metodológico que, como se verá más adelante en el estudio de los análisis espaciales, permitió ordenar, clasificar y cuantificar las evidencias materiales del registro arqueológico. Buena parte de estos desarrollos serán fruto del interés que despertará, en este contexto teórico, los ejemplos etnográficos y la arqueología experimental.

El nivel más refinado en la aplicación de estos principios al estudio del registro material lo ofrece, sin duda, la sistematización conceptual que David Clarke plantea en su *Arqueología Analítica* (Clarke 1984). Se abogará por una aproximación al registro material enfatizando la necesaria interrelación que se establece entre las distintas entidades arqueológicas, evidenciando así la infinidad de redes presentes entre los restos fósiles y los sistemas socioculturales. De esta forma *Arqueología Analítica* contribuirá al desplazamiento de la relevancia otorgada a los objetos físicos en favor de un mayor énfasis de la información que se extrae de los atributos de los artefactos (*ibidem*: 11-16); es decir, se propone la singularización del artefacto en numerosos atributos independientes, con el fin de seleccionar conjuntos de entidades manejables analíticamente. Pese a reconocer que la selección de atributos depende del observador, de su marco de referencia, de su idiosincrasia personal, para Clarke una selección consciente de *hechos* permitirá generar cada vez más un conocimiento menos subjetivo (*ibidem*).

Junto a estas dos concepciones teórico-metodológicas que dominan aún hoy gran parte de la práctica arqueológica, irá desarrollándose, a partir de

los años 80 del siglo pasado, un ambiente intelectual que proporcionará un contexto en el que asentar las crecientes insatisfacciones que las aplicaciones más rigurosas de la Nueva Arqueología comenzaban a generar. En lo que al registro material se refiere, la aplicación en Arqueología de corrientes de pensamiento como el feminismo, el marxismo o el estructuralismo, así como la influencia de las reflexiones de determinados pensadores y la indiscutible complejidad arqueológica que los estudios etnográficos comenzaban a demostrar, evidenciarán primero y plantearán después las contradicciones interpretativas de la cultura material, poniendo en duda el *sentido común* de muchas de esas afirmaciones. A diferencia de la orientación funcionalista de los estudios procesuales, la mayoría de las críticas que conformarán el postprocesualismo en el ámbito anglosajón, incentivarán un creciente interés por los aspectos simbólicos del registro material, en la medida en que concebirán el objeto como una entidad culturalmente constituida, cargada de significados culturalmente especificados y reclasificados de acuerdo con categorías culturalmente constituidas (Kopytoff 1991: 92).

Un acercamiento clave para entender este replanteamiento del registro material en Arqueología lo constituye el feminismo. Pese a la escasa atención prestada, posiblemente sea esta forma de acercarse al estudio de la realidad la que más repercusiones ha tenido, en las últimas décadas, en el conjunto de saberes humanos. Conceptualizado en Arqueología como *Arqueología de Género*, su aportación fundamental queda enmarcada en el terreno epistemológico, pues se ha orientado al estudio del sesgo androcéntrico en la disciplina, a la crítica de las estructuras de poder que dominan la práctica académica, a la visibilidad de las mujeres en la historia de la Arqueología o, más recientemente, al estudio del género como categoría de análisis del pasado (2). Sin embargo, lo verdaderamente relevante para la disciplina lo constituye el hecho de plantear toda una serie de críticas demolidoras a la concepción tradicional del conocimiento, implicaciones que para la Arqueología en general y para el estudio del registro material en particular, suponen importantes puntos de inflexión (3). Dejando de

lado las implicaciones que sobre el concepto de objetividad científica muestra (Wylie 1999), en lo que al registro arqueológico se refiere, la crítica feminista se ha dirigido fundamentalmente a enfatizar la evidente ambigüedad que éste presenta (Tringham 2000: 188). En la búsqueda por identificar en el pasado a las mujeres, muchas de las investigadoras feministas han demostrado cómo los valores androcéntricos también configuran la naturaleza de las interpretaciones arqueológicas. Si esta apreciación es cierta, algo que parece no poder discutirse, las explicaciones planteadas hasta ahora deben ser reformuladas en el sentido de incorporar, como mínimo, esas nuevas variables en la ecuación. Pese al excesivo apego de los estudios feministas por asimilar el concepto de género con el de mujer (4), lo cierto es que la arqueología de género ha demostrado cómo determinados aspectos básicos que estructuran el mundo que nos rodea han sido deliberadamente obviados en las representaciones del pasado manejadas hasta ahora.

De igual forma, y en paralelo y mutua influencia con la crítica feminista, desde los años 80 del siglo pasado comienza a tomar forma, dentro de la propia disciplina, una conceptualización alternativa del registro arqueológico. Frente a la concepción de un registro fósil que ha de ser descubierto a través de una metodología eficaz, se planteará un modelo que concibe el registro arqueológico como si de un texto se tratase, es decir, que los artefactos, estructuras arquitectónicas, residuos, sepulcros, etc., no serían, como podrían plantear los arqueólogos procesuales, resultado de la respuesta dada por las poblaciones del pasado a las condiciones cambiantes de su medio ambiente, sino que serían símbolos materiales que se codifican dando lugar a significados. Así, influidos por la lingüística estructural, los estudios de semiótica y por las teorías del símbolo, estos arqueólogos propondrán, en un primer momento, aproximarse al registro material entendiendo que las evidencias arqueológicas no son simplemente agregaciones de evidencias físicas de acciones pasadas, sino que serían un conjunto

aún refutadas, o dicho de otra manera, el reconocimiento de las implicaciones que conlleva parte de la teoría feminista supone la puesta en duda de la propia producción de conocimiento, pues al revelar el sesgo masculino del método y las teorías científicas *objetivas* occidentales, las críticas feministas han puesto en cuestión el propio concepto de objetividad (Wylie 1999: 34-35). Una aproximación fundamental a este problema puede verse en Donna J. Haraway (1995).

(4) Para un crítica del concepto esencialista de mujer puede verse, por ejemplo, Joan W. Scott (1999).

(2) Un buen ejemplo de las temáticas abordadas en la denominada arqueología de género pueden rastrearse en la compilación de artículos realizada por Colomer i Solsona *et al.* (1999).

(3) La escasa atención prestada a las aportaciones del feminismo en las ciencias humanas debe entenderse, fundamentalmente, en la medida en que las críticas formuladas no han podido ser

de signos que codifican y comunican ideas, acciones y acontecimientos (Hodder 1982: 186 y 217; Shanks y Tilley 1987: 130-134; Patrik 2000: 130-131). Sin entrar en este profundo debate que ha condicionado muchas de las discusiones teóricas de la disciplina de los últimos veinte años, hay que señalar que la radicalidad de muchas de las posturas defendidas a inicios de los años 80 ha sido sustancialmente atemperada (Thomas 1998: 107-108; Yentsch y Beaudry 2002: 227; Bauer 2002: 47-48). Sin llegar a rechazar sus principios básicos, el tono empleado ha variado en el sentido de aceptar las dificultades que el reconocimiento de la textualidad del registro arqueológico implica, sobre todo, desde el punto de vista metodológico.

Es en este punto en el que el paisaje como evidencia arqueológica adquiere una importancia inusitada. Contemplado en el contexto general del registro material, los esfuerzos realizados para trascender el paisaje más allá de estudios sobre la realidad física del espacio o como mera aproximación adaptativa al territorio, serían nuevas formas de ampliar y dotar de mayor sentido las fronteras de la materialidad del registro. Estos intentos, como veremos, se han orientado tanto a las formas como a los modos de aproximarse a lo espacial. Es decir, por una parte, los estudios sobre el paisaje han seguido interesándose por la aplicación de métodos y técnicas novedosos que buscan un tratamiento más riguroso de los datos manejados (un buen ejemplo serían los Sistemas de Información Geográfica), pero al mismo tiempo, y a diferencia de lo ocurrido en los años 60 y 70 del siglo pasado, al tratar de reformular la concepción tradicional del registro arqueológico, han incentivando un tipo de evidencias que no necesariamente ha de contar con un referente físico directo.

## 2.2. La mutación de la dimensión espacial

Esta evolución interna de la disciplina arqueológica puede también rastrearse en la evolución de los estudios espaciales (5). Las distintas visiones manejadas de la dimensión espacial han generado intereses diferentes y por tanto desarrollos metodológicos alternativos, que han buscado su contrasta-

ción mediante la aplicación de estudios empíricos. Así, y a excepción de una primera etapa caracterizada por un mínimo interés explícito en la dimensión espacial, y donde las clasificaciones cronotipológicas marcaron los estudios arqueológicos, con la llegada de la Nueva Arqueología comienzan a desarrollarse acercamientos centrados en las distribuciones de asentamientos, en elementos medioambientales o en la disponibilidad de recursos.

Como se ha afirmado en reiteradas ocasiones, la Nueva Arqueología no inaugura nada nuevo en los estudios del pasado (Trigger 1992: 277; Johnston 2000: 39). Sin embargo, su aportación fundamental consistió en encauzar las diferentes insatisfacciones que, sobre la forma de hacer Arqueología, generaba la arqueología histórico-cultural. Entre los elementos que caracterizaron a este movimiento, y que en buena medida explicarán las peculiaridades de sus aproximaciones a la dimensión espacial, deben mencionarse su afán por la adaptación (la cultura se define como el mecanismo utilizado por las sociedades humanas para adaptarse al medio circundante) (Binford 1965: 209); el empleo de la Teoría General de Sistemas (la cultura es un sistema general compuesto por subsistemas que se encuentran en equilibrio dinámico mediante la intercomunicación de sus atributos) (Clarke 1984: 36-37); la insistencia en la evolución cultural (existe un proceso evolutivo que enfatiza la presencia de diferentes estadios de desarrollo los cuales expresan específicos niveles de adaptación y organización) (Redman 1990: 25); así como la consideración de la Arqueología como disciplina explícitamente científica (la Arqueología puede contribuir a formular y contrastar las leyes generales del comportamiento humano y cultural) (Watson *et al.* 1974: 18).

Entre las metodologías espaciales desarrolladas al amparo de la Nueva Arqueología, destacaron, por la profusión de sus aplicaciones, un número importante de métodos y técnicas que desarrollaban los principios teóricos apuntados anteriormente. El interés por los aspectos ecológicos, la aplicación de enfoques sistémicos o la búsqueda de razonamientos lógicos y funcionales al registro arqueológico, facilitaron el empleo de modelos como el *Análisis del vecino más próximo*, la *Teoría del Lugar Central* o el *Análisis de captación económica* a las distribuciones espaciales del pasado. La mayoría de estos métodos, desarrollados fundamentalmente desde la Geografía y la Escuela Paleoeconómica de Cambridge, tendían a analizar las relaciones terri-

(5) Para un análisis más detenido de este apartado puede verse Soler Segura 2004: *Teoría, paisaje y Arqueología. Análisis de los recientes acercamientos a la dimensión espacial en la arqueología anglosajona*. Memoria de Licenciatura. Universidad de La Laguna. La Laguna.

toriales entre yacimientos, esencialmente a partir de criterios basados en el tamaño o la distancia, infiriéndose de ellos, posteriormente, distintas relaciones jerárquicas. Así, entre los factores manejados para explicar una determinada distribución de yacimientos se tenían en cuenta variables como la distancia al agua, el tipo de suelo y de cobertura vegetal, la localización de otros asentamientos, la defensa, la distancia hasta materiales adecuados de construcción, la proximidad de rutas o caminos, etc. (Clarke 1984: 113). De la misma manera, el interés por analizar la relación de las comunidades humanas con el medioambiente motivará un mayor desarrollo de subdisciplinas como la Geoarqueología, la Arqueometría, la Arqueobotánica o la Arqueozoología, en la medida en que éstas aportan los principales datos para la comprensión de los ecosistemas humanos (Brothwell y Higgs 1980; Butzer 1989).

Para la mayoría de estos estudios, la localización de los asentamientos venía lógicamente explicada como resultado de la conjugación de decisiones racionales que incluían desde factores como el relieve, el clima, la erosión, etc., a variables como los patrones demográficos, la tecnología, los sistemas de trashumancia, el control sobre las redes de intercambio, etc. (Tilley 1994: 1-2). Sin embargo, y pese a que el desarrollo de este tipo de estudios contribuyó a dar forma a un espacio que podía ser cuantificado, a un espacio básicamente económico, regido por lazos funcionales y susceptible de ser reducido a modelos e índices que lo pudieran explicar (Orejas 1995: 15), lo cierto es que, a la larga, permitió enfatizar las interconexiones entre las distintas entidades arqueológicas y, sobre todo, facilitar el análisis de distribuciones espaciales aparentemente aleatorias en patrones organizados y jerarquizados.

No obstante, será a partir de finales de los años 70 y principios de los 80 cuando irán tomando cuerpo nuevas formas de entender la Arqueología que terminarán afectando a los análisis espaciales. Así, a la par que se reformulan algunas metodologías espaciales mediante la incorporación de nuevos criterios de análisis que no se habían considerado en las primeras distribuciones espaciales (ya fuesen las identidades grupales, las estructuras políticas, las redes comerciales, los procesos geomorfológicos, etc.), la crítica postprocesual reestructurará significativamente la discusión, enfocando su atención al papel activo de los individuos en la construcción e interpretación del pasado. Así, las críticas

generadas se orientaron a enfatizar que el encuadre de los análisis espaciales se venían realizando desde esquemas eminentemente maximizadores, en los que, en última instancia, la relación coste-beneficio estructuraba la comprensión y explicación de la presencia o no de yacimientos. Así, los modelos teóricos que subyacían a estos análisis espaciales se hallaban fundamentados en modelos que entendían que el ser humano toma siempre decisiones que minimizan los costes y maximizan los beneficios, reproduciendo, de esta manera, lógicas de mercado que poco o nada tenían que ver con la mayoría de las sociedades conocidas etnográficamente.

### 3. NUEVAS CONCEPCIONES DEL PAISAJE EN ARQUEOLOGÍA

Frente al modo y énfasis señalados en este breve repaso, en los últimos años se han desarrollado algunas líneas de reflexión que han pretendido enfrentarse a lo espacial desde posiciones diferentes, y que, vistas con perspectiva, pueden considerarse novedosas. Pese a que muchos de los principios manejados por estos estudios no son originales, pues proceden, por ejemplo, del desarrollo experimentado por la Arqueología Espacial, la Ecología Cultural o la Geografía humanista, es cierto que sus elementos básicos proceden tanto de la reflexión crítica derivada de la llamada *crisis de la modernidad*, como del desarrollo teórico-práctico que la propia disciplina arqueológica ha experimentado en las últimas décadas. Así, tanto la atención prestada al debate en torno al conocimiento en las Ciencias Sociales como a la asimilación de nuevos procedimientos aplicados al estudio del pasado, las aproximaciones que componen la llamada Arqueología del Paisaje han desarrollado, desde principios de los años noventa del siglo XX, una serie de trabajos empíricos sustentados por un reducido número de premisas teóricas.

Se pueden argumentar varios motivos para aglutinar, en un mismo grupo, a un conjunto de investigadores que, aparentemente, no parecen mostrar muchos puntos en común. Es más, exceptuando casos muy específicos (como por ejemplo los de Christopher Tilley, Julian Thomas y Barbara Bender), puede resultar difícil hablar de un grupo homogéneo por cuanto está claro que entre propuestas como las de Mark Edmonds, Wendy Ashmore o Tim Ingold, por citar sólo algunos ejemplos, existen claras diferencias, tanto desde el punto de vis-

ta del tratamiento de los datos (ofrecen gran disparidad en el valor que otorgan a sus *relatos*), como desde el punto de vista de los presupuestos teóricos de partida (es evidente el abismo que existe entre el acercamiento fenomenológico de Christopher Tilley y la orientación procesual que enmarca el trabajo de Richard Bradley). Ahora bien, teniendo presentes estas sustanciales diferencias creemos, sin embargo, que sí es posible hablar de ciertas pautas comunes entre los investigadores que estudian los paisajes del pasado:

– En primer lugar por el interés mostrado por el paisaje como criterio identificador fundamental. Pese a que en los estudios arqueológicos, como hemos visto, el análisis espacial constituye un aspecto al que se le ha prestado relativa atención, lo cierto es que sólo en las últimas décadas se ha diversificado el acercamiento al mismo, alejándose cada vez más de la insistencia en la adaptación, en favor de posturas que ponen en juego criterios mucho menos funcionalistas, adaptacionistas y/o economicistas.

– Estos autores ofrecen una aproximación crítica al problema del paisaje, considerándolo algo más que un mero soporte pasivo de la acción humana. Tal y como se verá más adelante, y frente a lo que pudiera argumentarse en los estudios de los años 60 y 70 del siglo XX, el medio físico en el que una determinada sociedad se asienta no forma sólo parte activa del *utillaje* cultural, sino que constituye además un agente fundamental para la comprensión del proceso histórico.

– Con mayor o menor insistencia, introducen en sus estudios una serie de aspectos que hasta ahora habían pasado, bien inadvertidos, o bien dejados de lado por la mayoría de autores, debido a la dificultad de su inserción dentro de estudios estrictamente arqueológicos. Nos referimos a aspectos como la *experiencia* o la *percepción*, conceptos que pese a contar con una larga trayectoria reflexiva dentro de las Ciencias Sociales, han sido muy pocas veces empleados por los arqueólogos. Si exceptuamos los importantes avances teóricos realizados por la arqueología de género o por la reflexión postprocesual, se observa un vacío sustancial en lo que se refiere a estas aplicaciones desde el punto de vista metodológico, algo que sí creemos identificar en los autores que se analizan.

– En estrecha relación con lo anterior, y en clara oposición a los procedimientos metodológicos desarrollados desde mediados de la década de los años cincuenta del siglo pasado, estos autores se aproxi-

man al estudio de los paisajes históricos a través de técnicas y métodos que destacan por su novedad. Se dejan de lado, aunque sin desaparecer del todo, estudios como los de captación económica, los polígonos Thiessen, la teoría del lugar central, etc., para pasar a enfatizar e interesarse por aspectos como la visibilidad, las pautas de racionalidad del paisaje o los elementos de cohesión identitaria, por citar tan sólo algunos ejemplos.

– Por último pretenden, de forma más o menos consciente, resolver un problema fundamental para la Arqueología en particular y para el estudio del pasado en general, como es la superación del problema de la materialidad del registro arqueológico, proponiendo para ello reflexiones y metodologías alternativas a las ya planteadas.

Este conjunto de características, claro está, no pueden llevarnos a considerar a estos autores como integrantes de una nueva y alternativa forma de concebir el estudio del pasado. No constituyen, en ningún caso, un paradigma teórico ni en su esfera ontológica ni en la epistemológica. De hecho, tal y como ha argumentado Robert Johnston, incluso es posible rastrear dos aproximaciones, mutuamente excluyentes, de interpretar la manera en que se estudia la relación humana con el paisaje. Una, que él define como aproximación explícita, partiría de la existencia de un tamiz estático a través del cual el mundo *real* es filtrado, creando una realidad percibida culturalmente y pudiéndose distinguir, por tanto, entre lo que es *real* y lo percibido dentro del paisaje, entre la realidad física y la representación de esa realidad en la mente humana. Y otra, que definida como aproximación inherente, haría referencia al proceso por el cual los humanos comprenden/ perciben el mundo que los rodea. Según Johnston, para esta última aproximación no existe separación entre realidad y percepción ya que la construcción de aquella depende de ésta. La experiencia humana que crea el paisaje es mucho más compleja de lo que plantea la aproximación explícita, ya que es un proceso dinámico que interrelaciona el mundo natural y la imagen socialmente construida de la naturaleza y el paisaje (Johnston 1998: 57 y 62).

Independientemente de esta división, que puede ser rastreada también en las líneas que siguen, sí creemos que desde el punto de vista metodológico este grupo de investigadores comparten reflexiones que, en el contexto específico del posicionamiento teórico de cada uno, permiten enriquecer sus planteamientos y ofrecer toda una serie de nuevos interrogantes sobre el pasado.

Igualmente, es necesario puntualizar que, pese a hacerse referencia en este texto casi exclusivamente a autores anglosajones, también pueden rastrearse, en otros contextos nacionales, muchas de las conclusiones y esfuerzos metodológicos alcanzados. El necesario acotamiento que exige el análisis de este complejo tema obliga a concretar el estudio a aquellas referencias bibliográficas que con mayor profusión se citan en las recientes aproximaciones espaciales al pasado. Para el caso español, la asimilación de esta línea de investigación implica un análisis que sobrepasa estas líneas, ya que, el propio desarrollo historiográfico de la disciplina, fuertemente influenciada por tradiciones como la arqueología histórico-cultural o el materialismo histórico, condicionó el peculiar recibimiento del debate postprocesual y la manera en que los arqueólogos españoles se aproximan actualmente a la Arqueología del Paisaje.

### 3.1. El Paisaje en Arqueología

Un elemento central en la discusión lo constituye el propio concepto de paisaje, término que ha experimentado desde la segunda década del siglo XX, una constante reformulación (Anschuetz *et al.* 2001: 158). Tal y como han apuntado ya numerosos autores, el término *paisaje* posee múltiples significados e interpretaciones, configurándose como un concepto difícil y polisémico. Por *paisaje* puede entenderse desde la topografía y la forma de la tierra de una determinada región, hasta el terreno en el que vive la gente, el fragmento de tierra que puede contemplarse desde un mirador o la propia representación pictórica de dicho lugar (Olwig 1993: 307; Ingold 1997: 29; Thomas 2002: 165). Sin embargo, la orientación y énfasis que esta nueva forma de contemplar el espacio introduce, hace modificar sustancialmente el significado dado en Arqueología al paisaje. Lo que la denominada Arqueología del Paisaje propone es aproximarse a la realidad espacial de las poblaciones del pasado desde variables y presupuestos diferentes, incorporando a la definición de *paisaje* un sentido mucho más holístico y relacional. Como se parte del principio de que el paisaje puede ser un objeto, una experiencia o una representación, llegando en ocasiones a entremezclarse todos estos aspectos (Lemaire 1997: 5), se reclama que el análisis arqueológico del paisaje parta de principios que incluyan aspectos tradicionalmente considerados como objetivos, pero asu-

miendo al mismo tiempo aquellas evidencias, que por su cercanía a lo simbólico, ideacional o inmaterial, quedaban fuera de anteriores comprensiones del pasado. Básicamente, lo que muchos de estos autores que se aproximan al estudio de los paisajes históricos reclaman es una mayor atención a elementos no basados en referentes eminentemente económicos o adaptativos, vinculando así la definición de paisaje más con formas específicas de contemplar y comprender el mundo circundante, con la delimitación del espacio vital habitado por una comunidad extensa. Para estos investigadores, cualquier espacio que proporcione el contexto en el que desarrollar la vida humana incorpora, necesariamente, una relación entre la realidad que se vive y la posibilidad de otras formas de ser, entre las condiciones en las que se desarrolla el día a día y las condiciones que son metafísicas, imaginadas e idealizadas (Hirsch 1995: 3). En otras palabras, de lo que aquí se está hablando es de que el paisaje no sólo constituye el soporte físico en el que reconocer el registro material de los patrones de conducta de un grupo social específico, sino que el paisaje es, ante todo, una construcción simbólica, una composición del mundo, un sistema de referencia donde las distintas actividades de una comunidad adquieren sentido (Daniels y Cosgrove 2000: 1).

Como consecuencia de este énfasis en la experiencia de vida, el espacio, como concepto de análisis arqueológico, adquiere para estos autores un significado diferente y ocupa una relevancia igualmente original. Como lo que importa es la relación entre experiencia vivida y posición, entre lo que experimentan los agentes protagonistas y el lugar en el que acontece, el espacio deja de constituirse en mera evidencia física, en realidad unívoca, para pasar a ser una abstracción de los distintos significados que generan los *lugares* que conforman el paisaje (Tilley 1994: 15). Así, el espacio, que antes era visto como un entorno físico común a las sociedades del pasado, y por tanto podía ser estudiado con mecanismos y métodos cuantificables, ahora es visto como resultado de una determinada conceptualización y experimentación histórica, siendo éste el énfasis que lleva a estos autores a abandonar conceptos como *espacio* o *territorio* a favor del *paisaje (landscape)*.

Abordado el paisaje en estos términos, los rasgos que definen a esta forma de concebir los análisis espaciales, y que implican un mayor número de consecuencias teóricas, pueden resumirse, creemos, a partir de tres aspectos esenciales que verte-

bran y dan sentido al conjunto de estudios aquí valorados:

- Para la mayoría de los autores analizados, el paisaje no es una realidad preexistente, un soporte de la acción, sino que es, por el contrario, una realidad social e históricamente construida.
- Tal premisa implica que el paisaje sólo adquiere sentido en su interrelación con el resto de elementos materiales e inmateriales.
- Y que por tanto, su sentido depende de la experiencia adquirida en función de la situación social, edad, género y relaciones con los demás.

Estas premisas mantienen entre sí una lógica argumental descendente, que implica, al asumir la primera, el reconocimiento del resto. Así, entender que la realidad espacial manejada por las sociedades neolíticas del norte de Bretaña fue construida y generada a partir de esquemas de racionalidad, que poco tienen que ver con nuestra visión del paisaje (primer aspecto), implica, necesariamente, abordar su estudio atendiendo al sentido específico que dichas poblaciones otorgaron a las interrelaciones de los elementos que integraron su medio (Thomas 2003). Sin embargo, esta lógica discursiva no existe cuando el proceso es ascendente, es decir, que partir del reconocimiento de la existencia de un esquema que da sentido a la ordenación espacial de los distintos elementos materiales que componen un paisaje (tercer aspecto), no supone aceptar ni reconocer, como se verá más adelante, que la realidad es cambiante, es decir, asumir que lo real para unos no es necesariamente lo objetivo para otros. En otras palabras, pese a reconocer que el sentido otorgado al monumento de Stonehenge ha variado desde su creación, el estudio de su evolución responde, para algunos autores, a criterios basados en una racionalidad común y básica a toda la humanidad y accesible por tanto desde un conocimiento objetivo basado en la observación (Richards 1990).

Lo que esto quiere decir es que no todos los investigadores que abordan el estudio del paisaje manejan y aceptan plenamente los principios presentados más arriba. Es cierto que, para la mayoría de los autores aquí analizados, el reconocimiento de algunas de estas tres premisas permite configurar una forma alternativa de aproximarse a las relaciones espaciales del pasado, pero sólo en función de los presupuestos teóricos de los que parten, llegan a aceptar o reconocer, de forma más o menos plena, algunos o todos estos principios.

Tal y como apuntan las premisas anteriores, para estos autores, el espacio no constituye una entidad

universal susceptible de ser identificada y analizada independientemente de un lugar o tiempo concreto (Thomas 1993: 20; Darvill 1997: 5). Entienden que el espacio no posee una esencia substancial, no constituye una realidad abstracta en sí misma (Hernando 1999: 8), sino que sólo puede existir en relación con los significados creados a través de las relaciones establecidas entre moradores y lugares (Tilley 1994: 11). Este reconocimiento supone un alejamiento evidente de aquellos estudios que se aproximan al espacio como si de un soporte físico se tratase, ya fuese considerándolo como plano extrasomático de adaptación con el que se interactúa (Binford 1982; Kurt 1988), o como sustento en el que desarrollar las actividades económicas básicas para el mantenimiento de un grupo social (Yesner 1983; Dyson-Hudson y Smith 1983). El espacio, conceptualizado de esta forma, depende de quién lo experimenta y de cómo lo hace, ya que la experiencia espacial no es ni inocente ni neutra, sino que está investida de determinadas relaciones de poder que se sustentan en correspondencias jerárquicamente organizadas, ya sea en función de la edad, el género, la posición social o las relaciones económicas. Esto obliga a una necesaria contextualización del paisaje, ya que la manera en que la gente entiende y comprende su mundo depende del tiempo, lugar y condiciones históricas específicas (Bender 1993a: 2). Es en este sentido en el que se afirma que los paisajes son polisémicos (*ibidem*, 3), es decir, que diferentes concepciones del paisaje pueden convivir al mismo tiempo. Ya sea como morada de los ancestros, como distribución de recursos o como lugar en el que se localizan sus hogares, el paisaje permite renovar la herencia ancestral, recolectar el alimento necesario para la subsistencia, crear lazos de identidad común, etc. Así, una misma realidad física adquiere, para un mismo colectivo humano, diversas formas y sentidos, los cuales están en constante construcción y reconstrucción (*ibidem*).

Los que hasta hace poco se consideraban como elementos físicos del espacio, ya fuesen recursos hídricos, elementos geomorfológicos, niveles de potencialidad del suelo, etc, son contemplados ahora desde otro punto de vista. No es que se niegue su existencia real, pues siguen considerándose como parte fundamental del registro arqueológico, sino que ha variado significativamente la relevancia otorgada. Lo que importa no es tanto si están presentes o no, si pueden identificarse en un medio ambiente concreto o si desempeñaron un papel de-

terminante en el proceso productivo de un grupo humano. Lo que ahora se afirma, sin negar lo anterior, es que estas evidencias materiales carecen de relevancia *objetiva*, en la medida en que sólo pueden ser valoradas en relación a eventos y significados socialmente contruidos, y nunca en función del significado abstracto que pueda el investigador otorgarle. Supone que el reconocimiento e identificación de las características de un paisaje deben relacionarse, de la misma manera que se hace, por ejemplo, con la realidad económica, con aspectos que tradicionalmente han mostrado una mayor dosis de subjetividad. Esto implica el reconocimiento de la idea de que los significados y evidencias del espacio están envueltos en una dimensión subjetiva y no pueden ser entendidos fuera del mundo simbólicamente construido por los actores sociales.

Sin embargo, un estudio arqueológico desde estas premisas no pretende negar los logros alcanzados hasta ahora por aquellas investigaciones que tradicionalmente han insistido en la delimitación de las evidencias subsistenciales, a favor de estudios más preocupados, por ejemplo, por la búsqueda de referentes simbólicos e inmateriales. Tampoco se busca, como han apuntado algunos críticos, invertir sencillamente la relación centrándose en lo ideacional obviando lo material. Lo que en realidad se pretende lograr es que se asuma que existen variables no barajadas, o no suficientemente consideradas hasta ahora, en el comportamiento espacial de las sociedades del pasado, y que la notoria dificultad que existe para interpretar dichas asociaciones simbólicas, no puede ser justificación suficiente para que sean desatendidas (Scarre 2002: 3).

Siguiendo a geógrafos que han teorizado desde aproximaciones fenomenológicas, se parte de la idea de que los lugares pueden ser experimentados y conceptualizados a partir de múltiples niveles espaciales (ya sea el espacio personal, el espacio de la comunidad, el espacio regional, etc.), solapándose dichos niveles a raíz de escalas de acción, de interés, de movimiento. Esto ha llevado a muchos de los arqueólogos interesados en el paisaje a hablar de la capacidad relacional que posee éste, es decir, como se apuntó más arriba, a la necesidad de considerar al paisaje como una suerte de interrelaciones que funcionan al mismo tiempo (Bender 1993a; Thomas 1993; Tilley 1994; Ashmore 2002). Que el paisaje sea relacional supone partir del principio de la existencia de diferentes planos de significado que coexisten e interactúan mutuamente. Es hablar de

diversos códigos sociales que otorgan significación a una misma realidad física. Un destacado megalito, por ejemplo, llega a contemplarse de múltiples maneras por integrantes de una misma cultura, dependiendo siempre del momento y la forma en que es percibido. Ya sea como morada de antepasados, como enclave delimitador del territorio o como zona en la que se extraen piedras que poseen una relevancia social o económica para un determinado grupo familiar, el *lugar* se integra dentro de un esquema perceptivo que maneja simultáneamente múltiples significados pero, al mismo tiempo, también numerosos lugares. Dicho de otra manera, determinados *lugares* señalados funcionan conjuntamente creando espacios de acción, adquiriendo este espacio el papel de mediador entre lugar y paisaje, entre centros de significación concretos y marcos generales de organización que estructuran y reproducen la vida social.

Así, y como señala Julian Thomas (2002: 173) cuando sigue al filósofo Martin Heidegger, el *lugar* no es tan sólo un sitio o una entidad, sino que es definido y conceptualizado siempre a partir de algo, está siempre revelado *como* un lugar, no pudiendo tener previamente una conciencia de él como cualquier forma de no-lugar. Para él, por tanto, un paisaje es una red de lugares relacionados que han sido gradualmente revelados mediante las interacciones y actividades habituales con las personas, a través de la proximidad y la afinidad que éstas han desarrollado con ciertos emplazamientos y a través de acontecimientos importantes, festividades, calamidades, sorpresas y otros momentos que han llamado su atención, haciéndoles recordar o incorporar a la memoria colectiva (*ibidem*).

Es en este sentido en el que deben entenderse las puntualizaciones que Tim Ingold (1993; 1997; 2001) realiza cuando analiza antropológicamente el paisaje. Para Ingold, el paisaje se constituye como registro duradero y testimonio de la vida y el trabajo de las generaciones que lo habitaron (*dwelling*), es decir, entiende que es en el propio proceso temporal de habitar el paisaje cuando éste se construye y adquiere significación. Es a través de la vida en él, cuando el paisaje se vuelve una parte de nosotros, así como nosotros llegamos a ser parte de él (Ingold 1993: 154). Así, sólo atendiendo a su temporalidad, analizando los ciclos que acontecen de forma entrelazada, es como los arqueólogos pueden llegar a entender y explicar la significación del paisaje.

### 3.2. Referentes de los estudios arqueológicos del paisaje

El conjunto de premisas más arriba señaladas constituyen, en líneas generales, la argumentación fundamental que manejan algunos de los actuales investigadores que abordan el paisaje, aunque en ocasiones lo sea de forma muy implícita. Sin embargo, quede claro que no es posible generalizar estas reflexiones teóricas a todos los autores que se aproximan a la dimensión espacial de los grupos sociales. Constituyen tan sólo una minoría, que no obstante, genera estudios de obligada atención para todos aquellos que intentan estudiar la dimensión espacial en las sociedades actuales y pretéritas.

Así pues, el nivel y profundidad de estas reformulaciones ha de valorarse adecuadamente. Pese a la novedad con la que en estas líneas se trata, la autoría de estas reflexiones no puede adscribirse meramente a los estudios arqueológicos. Es fruto de un contexto general que, en la actualidad, recorre a la mayoría, si no a todas, las disciplinas científicas, pretendiéndose aquí tan sólo valorar cómo, dicho proceso, es asimilado por una parte de la Arqueología. Así, lo que se está produciendo dentro de las Ciencias Sociales es que se está viviendo un momento de discontinuidad, en el sentido de que muchos de los supuestos teóricos largamente establecidos han comenzado a perder su anterior poder explicativo y a ser puestos en entredicho.

Este proceso, identificado con el término de *crítica a la modernidad*, se ha dirigido, en un primer momento, contra la noción de progreso y contra el supuesto teleológico de que la historia humana posee un significado esencial, una dirección preestablecida y una meta última, pudiendo ser todos ellos, si no completamente, si parcialmente discernidos (Campillo Meseguer 1985; Lyotard 1995). Este hecho, que acarrea numerosas y profundas repercusiones, abre el camino al replanteamiento de otras premisas que han sufrido similares procesos de naturalización, y que o bien, se derivan de la anterior, o mantienen lazos comunes con el patrón de racionalidad construido durante la modernidad.

Independientemente de las posibles aportaciones realizadas por algunos de los autores aquí analizados al conjunto de la teoría general (6), de lo que

(6) No creemos que sea necesario profundizar en el lugar que ocupa la Arqueología, desde el punto de vista de la reflexión teórica, dentro del conjunto de las Ciencias Sociales. Pese a que todas las disciplinas se ven inmersas en el mismo proceso, algunas como la Arqueología llegan a interiorizar esas reflexiones de for-

no hay duda es que, desde el punto de vista de la disciplina arqueológica, la asunción de este nivel de reflexión constituye una novedad. Sin embargo, y como lo que aquí interesa es valorar la manera en que este proceso ha repercutido en los estudios del paisaje en arqueología, y no el impacto producido en dicha disciplina de eso que ambigüamente se denomina posmodernismo, no profundizaremos mucho en el análisis de sus consecuencias (véase para ello Johnson 2000; Hodder 2002; Holtorf y Karlsson 2000). Tan sólo indicaremos que una parte de la crítica teórica se ha orientado hacia la reflexión sobre la causalidad histórica, o mejor dicho, a la manera en que deben reinterpretarse las explicaciones dadas hasta ahora sobre cómo se produce el cambio histórico. Lo que se persigue, de forma más o menos explícita, es encontrar una alternativa a la dualidad materialismo/idealismo que no caiga en un retorno al modelo explicativo idealista con su noción de sujeto racional, ni haga prevalecer las condiciones materiales de existencia como una entidad estructural que determine el conjunto del edificio social.

A lo que una parte de la reflexión arqueológica se orienta no es, como muchos críticos han argumentado, a abandonar todo rastro de explicación materialista en la práctica de los actores históricos, con el fin de reinstaurar la autonomía plena de la esfera subjetiva (ya fuesen ideas, política, cultura, arte, motivaciones para la acción...) (7). Más bien, y aquí reside lo novedoso en Arqueología, parece que se pretende reformular la relación existente entre la esfera objetiva y la esfera subjetiva, entre la realidad socioeconómica que establece las condiciones materiales de vida y el entramado simbólico-cognitivo que organiza la conducta de los sujetos. Lo que parecen indicar algunos de los estudios arqueológicos del paisaje, influidos por replanteamientos más generales, es que la realidad no se incorpora nunca por sí misma a la conciencia, sino que lo hace siempre a través de su *conceptualización*. Es decir, que el contexto socioeconómico sólo comienza a condicionar la conducta de los individuos una vez que éstos lo han conceptualizado o hecho significativo de alguna manera, pero no antes, y por tanto, las condiciones materiales no devienen estructurales y

ma muy tardía, con lo que ello implica para el desarrollo de propuestas interesantes para otras disciplinas.

(7) No debe caerse en la simplificación de englobar a todos los autores que se reconocen dentro del postprocesualismo y posmodernismo como partícipes de este proceso, ni tampoco uniformizar la orientación de los estudios gestados a la luz de la ruptura de los años 80 con los realizados casi veinte años después.

empiezan a operar como un factor causal hasta que no han alcanzado algún tipo de existencia significativa, y no por su mera existencia material. Así, al tiempo que se debe reconocer la importancia de lo material como condición para la explicación del pasado, ésta no puede reproducir directamente la realidad, ya que depende de la manera histórica y culturalmente específica en que los propios individuos perciben, experimentan y dotan de sentido a su situación en la sociedad. Por tanto, para explicar sus acciones, así como los procesos históricos resultantes de ellos, no sólo se ha de prestar atención a las condiciones materiales de su existencia, sino también, como vemos con el paisaje, a la percepción que los propios sujetos realizan de su realidad (8).

Sin embargo, y aunque es la llamada *crítica a la modernidad* la que ha repercutido de forma más decisiva en este replanteamiento del paisaje, también han contribuido, de forma más o menos destacada, otros aspectos, que en su conexión con lo anterior, permiten aproximarse de forma novedosa al estudio del pasado. Excluyendo el proceso interno de transformación disciplinar ya brevemente analizado, y que en última instancia condiciona las peculiaridades específicas de la Arqueología, es necesario destacar la influencia ejercida por los geógrafos humanistas de los años 70 y 80.

Como quedó claro al esbozar la evolución de las aproximaciones a la dimensión espacial en Arqueología, el interés que ésta mostró hacia los estudios realizados por la Geografía durante toda la primera mitad del siglo XX fue fundamental para el desarrollo de los análisis espaciales. Ya fuese mediante la incorporación de técnicas y métodos locacionales o asumiendo los propios principios rectores que la geografía positivista defendía, buena parte del desarrollo teórico y metodológico realizado en la Arqueología Espacial se debe entender a la luz de los avances experimentados en Geografía. Pese a que estas contribuciones se mantendrán a lo largo de las décadas siguientes, su orientación irá trasladándose progresivamente hacia una parte de los estudios geográficos que no habían sido considerados hasta entonces por los arqueólogos.

Tal y como ocurriera en el conjunto de disciplinas sociales, la Geografía experimenta también a lo largo de los años 70 un proceso de reformulación teórica como consecuencia del desencanto ante la

revolución cuantitativa, planteando un rechazo de los modelos mecanicistas y cientificistas de la Nueva Geografía. Así, tanto la geografía radical (*radical geography*), como la geografía humanística (*humanistic geography*), constituyen reacciones a esta forma neopositivista de concebir la disciplina (García Ramón 1985: 219; Unwin 1995: 191). Una desde tradiciones marxistas y anarquistas y la otra enlazada directamente con los estudios fenomenológicos y existencialistas, ambas se presentarán, como ocurriera con el postprocesualismo en Arqueología, como alternativa a la forma de entender la disciplina hasta entonces (Ortega Valcárcel 2000: 299 y 309). En este contexto no es raro suponer el interés que estas aproximaciones pudieron despertar entre los arqueólogos; sin embargo, esto no ocurrirá, al menos de forma generalizada, hasta la década de los 90, debido fundamentalmente a que la crítica postprocesual no tomaría cuerpo en Arqueología hasta principios de los años 80, estando caracterizada por la excesiva teorización y el escaso desarrollo empírico.

Como reconocen varios de los investigadores analizados, la inspiración que estos enfoques geográficos, fundamentalmente los de la geografía humanística, han ejercido en los estudios del paisaje en Arqueología ha sido fundamental, permitiendo resaltar las formas en que los *lugares* se constituyen como espacios de significación y el *paisaje* como un elemento activo y holístico (Tilley 1994: 14-15; Thomas 2002: 166). Así, y pese a no ser explicitado demasiado, muchas de las aproximaciones que conforman la Arqueología del Paisaje se apoyan en los estudios de geógrafos humanísticos como Buttimer, Mugerauer, Pickles, Relph, Seamon y sobre todo Tuan, o en trabajos como los de Williams (2001) en un intento por otorgar mayor significación a los elementos arqueológicos que integran el paisaje. Aunque es cierto que en ocasiones se ha generado una arqueología de los *espacios vividos* (Bender 2002), sin embargo, y a diferencia de los estudios humanísticos de los años 70 y 80 en los que la orientación predominante era lo particular (Tuan 1974; Relph 1983), el énfasis que algunos arqueólogos están incorporando en la última década ha dejado de lado la búsqueda de imágenes individuales o de experiencias particulares, con el fin de ahondar en aproximaciones alejadas del modelo de paisaje eurocéntrico, y en las que el interés se centra tanto en las formas en que los paisajes son generados históricamente, como en su interconexión con la construcción de identidades.

(8) Para un acercamiento más profundo a este complejo proceso pueden verse, por ejemplo, los análisis de Anthony Giddens (1998: 15-37), Georg Iggers (1995: 59-105), Julián Casanova Ruiz (2003: 140-167) o Miguel Á. Cabrera Acosta (2004: 1-18).

Pero junto a estas influencias, que en líneas generales pueden rastrearse en un amplio abanico de autores, existen otras que afectan de forma más individualizada. Deben destacarse, por la repercusión que tienen sus estudios dentro de la bibliografía especializada, las orientaciones explícitas que muestran determinados autores (Christopher Tilley desde la fenomenología o Julian Thomas con la hermenéutica), así como la influencia que en los estudios y reflexiones arqueológicas comienzan a tener las obras de sociólogos como Pierre Bourdieu, Anthony Giddens o Charles Tilly, o bien, las de filósofos como Jacques Derrida, Michel Foucault, Jürgen Habermas, Martin Heidegger, Jean-François Lyotard, Paul Ricoeur, Richard Rorty o Gianni Vattimo (para un ejemplo puede verse Holtorf y Karlsson 2000). Lo que esto parece evidenciar es el reconocimiento, por una parte muy importante del colectivo investigador, de la necesidad de contar con un utillaje teórico y filosófico que permita superar las dificultades y límites que actualmente presenta el trabajo arqueológico. Pese a no ser una novedad esta instrumentalización de la teoría en Arqueología (recordemos tan sólo los préstamos de la Nueva Arqueología), parece que, a diferencia de épocas pasadas, actualmente asistimos a una proliferación en el número de referentes teóricos empleados por los arqueólogos, que indudablemente enriquecen la disciplina.

### 3.3. Estudios del paisaje en Arqueología (9)

En lo referente a los trabajos empíricos realizados sobre el paisaje en Arqueología deben destacarse, en primer lugar, una serie de aspectos que condicionan la orientación y amplitud de dichos estudios dentro de la disciplina. Así, y a diferencia de la mayoría de las investigaciones desarrolladas durante las décadas de los 70 y 80, en las que predominaba el análisis de sociedades con una jerarquización relevante, las aproximaciones que componen la Arqueología del Paisaje se caracterizan por centrarse, en líneas generales, en el análisis de la dimensión espacial de colectivos que no muestran desigualdades sociales tan evidentes. Es decir, frente al estudio del comportamiento espacial de entidades estatales o de grupos altamente jerarqui-

(9) Es necesario indicar que muchos de los avances metodológicos que se analizan a continuación pueden rastrearse, con mayor o menor desarrollo, en el contexto arqueológico español.

zados (ya fuese el estado maya, las sociedades de la Edad del Hierro, prerromanas, etc.), los recientes estudios se han orientado hacia el análisis de colectivos sociales que, o bien inician el proceso de complejización social, o bien se caracterizan por presentar desigualdades no muy marcadas. Así, un breve repaso a la bibliografía especializada muestra cómo el período temporal que transcurre entre el Neolítico y la Edad del Bronce, y más concretamente, cuando se relaciona con el megalitismo y las manifestaciones rupestres, concentra la mayor parte de las investigaciones.

El creciente interés por estas etapas cronológicas creemos que debe relacionarse, o al menos entenderse, a la luz del desarrollo metodológico experimentado. Si como vimos, la aplicación de métodos locacionales y estadísticos procedentes de la geografía llevó a la Arqueología Espacial a interesarse por períodos históricos en los que era relativamente sencillo identificar patrones de asentamiento distribuidos jerárquicamente, actualmente el énfasis en lo perceptivo y visual ha generado un desplazamiento hacia el análisis de evidencias más relacionadas con aspectos simbólicos y cognitivos. Así, y sin olvidar otros períodos históricos, lo cierto es que muchos de los replanteamientos teóricos que han caracterizado a la Arqueología del Paisaje han llegado de la mano, entre otros, de la reinterpretación del neolítico, del análisis de los posibles significados de lo rupestre o del intento por aproximarse de manera más rigurosa al fenómeno megalítico.

Tal vez lo que más destaque y llame la atención en los estudios que componen la llamada Arqueología del Paisaje sea su énfasis en la visibilidad. En lógica coherencia con las premisas teóricas apuntadas en líneas anteriores, las nuevas metodologías desarrolladas parten del convencimiento de que el mundo que habitamos no es simplemente un concepto sin sentido de objetos físicos, sino que, por el contrario, es un horizonte de inteligibilidad que proporciona el contexto que permite que resulte comprensible cualquier cosa en la que nos fijemos (Thomas 2002: 172). Así, la identificación de un patrón de distribución en el emplazamiento de megalitos o en la dispersión de determinados motivos rupestres, elementos tradicionalmente obviados en los estudios arqueológicos, supone el reconocimiento de la existencia de un patrón implícito de racionalidad que está condicionando su distribución y significado.

Lo que convierte a la visibilidad en un argumento metodológico relevante es su capacidad, como

también ocurriera con los métodos espaciales de los años 60 y 70, para evidenciar e identificar relaciones no atestiguadas hasta ahora, pero, a diferencia de dichas metodologías, las estrategias basadas en la visibilidad se orientan a revelar relaciones caracterizadas por su aparente intangibilidad física.

Aunque la noción de lo visual ha sido un criterio empleado en ocasiones en la práctica arqueológica, lo cierto es que es a partir de los años 80 del siglo pasado cuando comienza a adquirir un uso diferente. La metáfora visual entiende que la ausencia o presencia de evidencias arqueológicas de algún tipo no es algo que pueda estar relacionado exclusivamente con las vicisitudes postdeposicionales del registro material, con la naturaleza del objeto depositado o con la intensidad de la investigación realizada, sino que está o puede estar vinculado a una voluntad consciente o inconsciente por hacer visible o invisible ciertos aspectos de la vida social. Estas estrategias, en esencia, reflejan lógicas de acción cultural específicas que pueden ser útiles para abordar el registro arqueológico. Así, lo visual, en asociación con el resto de evidencias del registro arqueológico (ya fuese la despreñada de la cultura material, de las evidencias paleoambientales, de las prácticas subsistenciales, etc.), permite identificar las diferentes estrategias de racionalidad espacial que están funcionando, individual o colectivamente, implícita y/o explícitamente, en un contexto arqueológico determinado. De esta forma, el sentido que otorga un colectivo humano a destacar una u otra forma de relevancia visual, presupone una determinada actitud hacia el medio, lo que implica que las distintas configuraciones que de un espacio se realizan responden, en última instancia, a procesos de construcción del paisaje social que pueden ser estudiados (10).

Junto al desarrollo de métodos derivados de la visibilidad, también han adquirido relevancia en los estudios del paisaje un conjunto de técnicas no destructivas (fotografía aérea, teledetección, prospección geofísica y geoquímica, etc.), e instrumental (SIG, GPS, Estación Total, Pocket Pc, etc.). Aunque no exclusivamente, su reciente renovación ha estado estrechamente vinculada a los grandes proyectos de investigación planteados desde el marco del análisis de la dimensión espacial. Así, y pese a que la atención a estos elementos puede rastrearse en la Arqueología hace ya varias décadas, lo cier-

to es que la línea de investigación abierta por el estudio del paisaje ha reorientado esas técnicas incorporándoles nuevos elementos de atención. De esta forma se ha producido un enriquecimiento mutuo que, en lo que respecta al paisaje, le ha permitido ampliar el espectro de referentes con el que elaborar la forma en que las poblaciones del pasado conceptualizaron su entorno.

Uno de los instrumentos que ha ofrecido mayores posibilidades ha sido, sin duda, los Sistemas de Información Geográfica. Pese a no suponer un desarrollo enteramente novedoso, el uso de tecnologías SIG en Arqueología se ha orientado a la recopilación y análisis de la inmensa cantidad de información que un enfoque como el paisaje puede implicar. La versatilidad que ofrece el SIG permite trabajar rápida y con relativa sencillez con multitud de datos que se interconectan mutuamente, y que se encuentran referenciados espacialmente en una escala común. Alejándose del fuerte carácter normativo y ambientalista que caracteriza a estas metodologías, algunos investigadores han orientado el empleo de SIG al estudio de la percepción del paisaje a través de enfoques más humanísticos, con el fin de reducir el abismo existente entre la teoría y la práctica empírica (Llobera 1995: 612). A diferencia de las técnicas anteriormente empleadas por los arqueólogos, este instrumental permite barajar un número infinitamente superior de variables, ya que la ductilidad en el manejo de cartografías digitales permite inferir con eficacia relaciones entre variables como el acceso a recursos, contacto visual, asociaciones con el material de superficie, etc. (Wansleben y Verhart 1997; Llobera 2003). Planteándola siempre como una herramienta metodológica y nunca como un fin en sí mismo (Stoddart 1997), para algunos investigadores estas técnicas permiten resolver la falta de rigor que rodea a algunas de las afirmaciones realizadas en análisis visuales y perceptivos (Llobera 2001: 1006). Así, y pese a las limitaciones que presenta debido al tipo de operaciones analíticas que admiten los paquetes actuales, las tecnologías SIG cubren un abanico de posibilidades que van desde la creación de mapas de distribución a simulaciones y modelos predictivos, estudios de sociología del movimiento, análisis de intervisibilidad y, sobre todo, la presentación tridimensional y visualización dinámica de los resultados (Kvamme 1999).

La aplicación de estas técnicas y métodos a la Arqueología han permitido no sólo abrir nuevos campos de estudio, sino también plantear nuevas

(10) Para un desarrollo más pormenorizado de la visibilidad y de sus aplicaciones prácticas en Arqueología puede verse Criado Boado (1993a y 1993b).

revisiones que han gestado algunos de los debates más relevantes de la reciente historia de la disciplina. El énfasis otorgado al paisaje ha permitido, por ejemplo, barajar nuevos argumentos con los que replantear la asociación entre neolitización y sedentarismo, en el sentido de poner en duda la existencia de un sedentarismo que progresivamente va convirtiéndose en la forma de ocupación territorial más generalizada hasta su plena eclosión en la Edad del Bronce. La identificación de pautas diferentes de estructuración del paisaje en unidades geográficas relativamente cercanas, ha llevado a algunos autores a reconsiderar el valor de la sedentarización a favor de una relativa variabilidad en los patrones de movilidad (Whittle 1997).

Además, el desarrollo de las pautas de visibilidad de los monumentos megalíticos o de las manifestaciones rupestres comienza a incorporar también aspectos que, aunque ya fueron valorados anteriormente, ahora comienzan a reajustarse a la nueva orientación de los estudios del paisaje. Así, por ejemplo, de la misma manera que se vincula el patrón de visibilidad de los megalitos con referentes físicos como montañas, ríos, llanuras, afloramientos rocosos..., comienzan a barajarse elementos como, por ejemplo, el tipo de cubierta arbórea que envolvía al monumento, no simplemente con la intención de reconstruir el medio natural que lo rodeaba, tal y como se viene haciendo ya desde hace varias décadas, sino como elemento a considerar en la forma en que esos monumentos eran experimentados por las colectividades que los contemplaron (Evans *et al.* 1999; Cummings y Whittle 2003). De esta forma, en vez de centrarse exclusivamente en la orientación visual de los megalitos, este interés por los estudios del paisaje ha orientado la atención hacia la incorporación del referente paleoambiental en la interpretación, analizando el grado de alteración directa sufrido por el manto vegetal desde la erección del monumento, valorando la forma en que el cambio estacional podía afectar a la visibilidad, o planteando hipótesis sobre la influencia que la luminosidad de un paraje puede tener en la visibilidad e interpretación de un elemento arqueológico (Bradley 1989).

En lo que se refiere al fenómeno megalítico, el interés por la percepción del paisaje ha influido en la revisión de las interpretaciones de conjuntos emblemáticos como Stonehenge (Barrett 1994; Darvill 1997; Bender *et al.* 1998), de zonas que presentan una alta concentración megalítica como Avebury (Watson 2001; Thomas 2003), o Cranbor-

ne Chase (Barrett *et al.* 1991; Tilley 1994), así como sus posibles vinculaciones simbólicas con cuevas, montañas, ríos (Bradley 2000), o, en general, sus implicaciones para el conjunto de la arquitectura doméstica y monumental (Parker Pearson y Richards 1999).

Por su parte, el estudio de las manifestaciones rupestres constituye también otro ámbito de desarrollo metodológico muy fructífero. La mayoría de las aproximaciones realizadas desde la Arqueología del Paisaje están enfatizando la contextualización del arte rupestre en el espacio circundante, relacionándolo con procesos de apropiación y percepción del entorno (Bradley 1990; Tilley 1996). Estos estudios pretenden ir más allá de su análisis como representación artística, de su identificación con delimitadores territoriales o de su adscripción a recursos específicos, para abordarlo a partir de su consideración como *señales*, como códigos bien definidos, para aquellos que utilizaron y percibieron el medio. Así, sin necesidad de comprender el significado original de las representaciones, el estudio de las manifestaciones rupestres enfatiza las relaciones de los petroglifos con su entorno, desde la propia organización interna del panel al análisis del emplazamiento de los grabados (Santos Estévez y Criado Boado 1998: 581-583). De esta forma, teniendo en cuenta el tipo de motivos presentes, las relaciones que mantienen entre sí, en el panel y con la estación, de su vinculación con patrones de tránsito, cuevas, túmulos, visibilidad, y en estrecha relación, tanto con el resto de evidencias del registro arqueológico como con el patrón de asentamiento de las comunidades que los crearon, estos estudios pretenden aproximarse al arte rupestre como parte de un sistema mayor de representación que, en última instancia, está estructurando al paisaje.

Finalmente, merece especial atención la influencia que ha tenido, en la gestión patrimonial, la aplicación de principios y métodos procedentes de las recientes aproximaciones al paisaje. La paulatina ampliación del concepto de Patrimonio, que actualmente incorpora desde elementos históricos concretos hasta la totalidad del paisaje como entorno construido y huella de la humanidad, ha favorecido en las últimas décadas el desarrollo de visiones que buscan integrar la gestión del patrimonio arqueológico, histórico y natural bajo un mismo enfoque, que ha venido a denominarse Patrimonio Cultural. Sirviéndose de los marcos conceptuales de instituciones como la UNESCO o la Unión Eu-

ropea, los arqueólogos involucrados en la gestión patrimonial han tendido a incorporar muchas de las reflexiones manejadas en estas líneas, generándose un diálogo tan fluido que, actualmente, cualquier proyecto de investigación sobre el paisaje pretérito presenta conexiones directas con la gestión patrimonial (11). En esencia, lo que está ocurriendo dentro de la gestión patrimonial es que el Paisaje se está convirtiendo en la unidad mínima de intervención (Ruiz Zapatero 1998: 11), ya sea desde el punto de vista de su protección, conservación, divulgación, presentación e interpretación. Este paulatino desplazamiento del énfasis puesto en la conservación de los sitios o yacimientos aislados a la protección íntegra de los paisajes arqueológicos responde a múltiples causas, que van desde la progresiva mercantilización de los bienes culturales al paulatino grado de destrucción que los paisajes tradicionales sufren en la actualidad (Andrews y Thomas 1995). Así, concebido como unidad mínima en la que desarrollar planes de gestión patrimonial, el paisaje permite integrar, dentro de un mismo marco de protección y de interpretación, aquellas evidencias del registro material no visibles, fragmentadas o sin una clara delimitación, otorgando una articulación que sólo puede entenderse en referencia al conjunto paisajístico (Wainwright 1989; Darvill *et al.* 1993).

#### 4. CONCLUSIONES

Los esfuerzos teóricos y metodológicos desarrollados dentro del marco de la llamada Arqueología del Paisaje constituyen, indudablemente, contribuciones muy positivas a la práctica arqueológica. Los intentos que están llevando a cabo estos autores por trascender la materialidad del registro puede producir, a la larga, una modificación sustancial en los procedimientos empleados en la disciplina, aunque, y a tenor de la orientación actual de la investigación, hemos de deducir que a corto plazo es posible que asistamos a una generalización de sus planteamientos en aquellos campos que se vinculan directamente con la gestión patrimonial. Sin embargo, y frente a este énfasis tan positivo, lo cierto es que las aproximaciones y estudios que se acercan de esta manera a la dimensión espacial de las sociedades pretéritas no están exentas de importantes deficien-

cias y limitaciones. Pese a que el interés fundamental de este artículo ha sido el de identificar y singularizar las reflexiones teóricas y metodológicas realizadas en los estudios arqueológicos anglosajones más recientes, es necesario apuntar, aunque sea brevemente, algunas de las deficiencias más relevantes.

Como fue señalado anteriormente, la irrupción del postprocesualismo en la década de los 80 supuso un intento por corregir los excesos economicistas y ecologicistas que la arqueología procesual había cometido. Por tanto, la senda emprendida por muchos de los arqueólogos postprocesuales se orientó a rescatar del anonimato a los sujetos en las explicaciones del pasado, incentivando la importancia de los aspectos simbólicos y subjetivos y, sobre todo, la relevancia explicativa del *individuo racional*. Así, frente a una fase en la que dominaron, como elemento explicativo, las condiciones materiales de existencia, se abrió, como ocurriera en otras disciplinas, una etapa en la que lo subjetivo prevaleció a la hora de comprender y evaluar cómo se produjeron los cambios históricos (12). Esta primera reacción llevará implícita no sólo el rechazo a cualquier forma de determinismo economicista, sino a la sobrevaloración de las concepciones y creencias universales de los sujetos. Por tanto, y contemplado globalmente, lo que generó la crítica postprocesual fue el progresivo desplazamiento de la causalidad histórica hacia esferas más subjetivas, generando explicaciones históricas que, al omitir condicionantes materiales, terminaron adoleciendo de similares deficiencias. Así, en esencia, la mera sustitución de causalidades objetivas por subjetivas no generó explicaciones alternativas más válidas, aunque sí implicó un fortalecimiento de la oposición materialismo/idealismo.

Ahora bien, los esfuerzos de algunos de los arqueólogos que se aproximan al paisaje se han orientado a buscar visiones alternativas a esta dicotomía, para lo cual se ha reivindicado la necesidad de incorporar aquellos elementos que tradicionalmente se omitían debido a las dificultades que su intangibilidad ofrecían al trabajo arqueológico. Se argumentó también que el paisaje, analizado en este sentido, se presenta como el medio en el que incorporar, dentro de la práctica arqueológica, algunas de las formas en que los individuos conceptualizan

(11) De hecho, muchos de los investigadores que reflexionan teóricamente sobre el paisaje en Arqueología están vinculados o desarrollan programas de gestión patrimonial.

(12) Recordemos, no obstante, que estas formas de entender la Arqueología no han sido nunca mayoritarias en la práctica cotidiana de la disciplina, ya que la inmensa mayoría de la profesión ha seguido manteniendo visiones que han basculado entre el positivismo arqueográfico y el eclecticismo ateorico.

su realidad. Así, mediante la visibilidad, estos autores pretenden rescatar aquellos elementos, procedentes de la esfera subjetiva, que intervienen de forma decisiva en el proceso de conceptualización de la realidad, reconociendo al mismo tiempo los condicionantes materiales que intervienen en las explicaciones del pasado.

Sin embargo, y a la luz de los últimos resultados, estas pretensiones por ofrecer alternativas coherentes y válidas a las explicaciones dicotómicas materialista/idealista no parecen alcanzar resultados muy relevantes. Aunque es cierto que se explicita la imposibilidad de explicar satisfactoriamente el pasado sin tener en cuenta ambas determinaciones, el resultado final es que en la mayoría de esfuerzos realizados concluyen enfatizando siempre alguno de los aspectos de dicha dicotomía, sin plantear verdaderamente una ruptura. Así, como ejemplifica el propio Julian Thomas (2002: 181), los rasgos materiales del pasado no dan acceso a las experiencias de dicho pasado, pero sí proporcionan la base con la que comprender las formas con las que se habitaron los lugares. En consecuencia, lo que estos autores están planteando no es la ruptura de la dicotomía, sino, por el contrario, una redefinición del vínculo existente entre los diferentes componentes de la sociedad, en el sentido de reconocer que la relación entre la estructura material y la acción consciente no es, como se planteaba antes, de determinación unívoca de una sobre otra, sino una relación basada en alguna forma de interacción mutua (13).

Sin embargo, no todos los autores que abordan el paisaje reconocen de forma tan abierta y explícita su intento por ofrecer explicaciones en este sentido. Como ya ha sido señalado, dentro de los recientes estudios de la dimensión espacial en Arqueología puede encontrarse un amplio abanico de propuestas diferentes que van desde la búsqueda de las motivaciones subjetivas de los individuos (Ben-

der 1992; 1993a; 1993b; 2001; 2002), hasta autores que reclaman una vuelta a esquemas gestados, como el de la larga duración, dentro de la escuela de Annales (Bintliff 1995; Hitchner 1994). No obstante, este panorama tan heterogéneo no parece constituir la visión más generalizada que se tiene de los estudios del paisaje. Al hundir sus raíces en la crítica postprocesual de los años 80, la mayoría de esfuerzos realizados en la búsqueda de explicaciones a aspectos simbólicos o sagrados dentro de la Arqueología del Paisaje ha sido relacionado, directamente, con una vuelta al sujeto consciente. Aunque es cierto que las versiones más radicales, o al menos las que han alcanzado mayor popularidad, se ubican dentro de la óptica de lo que podríamos denominar *arqueología idealista*, lo cierto es que la heterogeneidad de aproximaciones que aquí se han identificado no pueden ser asimiladas, sin analizarlas en profundidad, con propuestas explícitamente idealistas. Aunque algunos de los estudios realizados, como por ejemplo los de Barbara Bender, se acercan peligrosamente a la empatía, esto no significa que el único camino para abordar los aspectos simbólicos y cognitivos del pasado tenga que ir de la mano del reconocimiento de la universalidad del sujeto racional.

Otra cosa es el nivel de concreción explicativa alcanzado en muchas de estas investigaciones. La constatación de los múltiples significados de Stonehenge (Bender 1993b), de las distintas racionalidades que funcionan en Cranborne Chase (Barrett *et al.* 1991), de la presencia de patrones de intervisibilidad en los túmulos del *Cursus* Dorset (Tilley 1994), de la evolución megalítica de Avebury (Thomas 2003), de la transformación del significado de los yacimientos neolíticos amurallados (Bradley 1998), o de la evidencia de distintas experiencias de un mismo espacio megalítico (Edmonds 1999), han generado estudios de tal calibre que han demostrado cómo una misma realidad física se concibe, se piensa y se usa de formas diversas. Sin embargo, el nivel explicativo de gran parte estos estudios es, en la mayoría de las ocasiones, demasiado escaso. Aunque la mayoría de estos investigadores intenta analizar la interrelación entre cultura, sociedad y espacio, entre sistemas de pensamiento, formaciones sociales y paisaje, a la hora de abordar su transformación, es decir, el cambio histórico producido, se limitan, generalmente, a trazar y describir la existencia de racionalidades simbólicas. Aunque es cierto que siempre llegan a apuntarse posibles causas, nunca llega a abordarse, como ele-

(13) Lo que aparentemente está ocurriendo con los estudios del paisaje en Arqueología es la asimilación, por parte de algunos de sus investigadores, de planteamientos teóricos que pueden rastrearse en las últimas décadas en disciplinas como la Historia, la Sociología o la Antropología Cultural. En relación con la primera, este replanteamiento se asocia con la llamada historia socio-cultural que agrupa, entre otros, a historiadores de la cuarta generación de Annales (Roger Chartier, Bernard Lepetit), a quienes practican la microhistoria (Carlo Ginzburg, Giovanni Levi), o a determinados historiadores marxistas influidos por la obra de E. P. Thompson (Gareth Stedman Jones, William Sewell). Para un análisis más detallado de este proceso dentro de la disciplina histórica pueden verse los estudios de Miguel Á. Cabrera Acosta (2001 y 2004), donde, al tiempo que aborda la relación objetivo/subjetivo, ofrece una alternativa que rompe con la dualidad desde lo que recientemente se ha denominado historia discursiva o postsocial.

mento central, los motivos y razones por las que una forma de racionalidad concreta aparece, se agota, muta o permanece. Las escasas ocasiones en las que se llegan a plantear el por qué y el cómo de esas formas distintas de entender la realidad, suelen asociarse a procesos que no quedan claramente definidos (14). Así, y frente al éxito logrado en la identificación de los diversos comportamientos y usos simbólicos del paisaje, lo cierto es que, de momento, en los estudios actuales de la dimensión espacial, no llega a abordarse de forma clara y explícita el análisis del cambio histórico.

Junto a esta importante deficiencia, que debe ser superada si verdaderamente se pretenden ofrecer alternativas coherentes y sólidas a las explicaciones tradicionales, pueden identificarse también algunas dificultades de carácter metodológico.

Aunque, como ya se indicó, la metodología que comienza a desarrollar la Arqueología del Paisaje puede abrir, tal y como parecen confirmarlo estos estudios, nuevos caminos en la práctica de la disciplina, lo cierto es que aún queda mucho por hacer. La excesiva reflexión teórica gestada por la crítica postprocesual sigue sin poseer aún un correlato metodológico claro y directo en el trabajo cotidiano del arqueólogo. Aunque comienza a abordarse de forma explícita esta carencia en diferentes ámbitos temáticos, estos intentos son aún demasiado escasos y recientes como para poder ser valorados adecuadamente (15).

Con la excepción de casos aislados, la mayoría de esfuerzos realizados dentro de las arqueologías del paisaje se han orientado, fundamentalmente, al desarrollo pleno de las posibilidades de la visibilidad. La rentabilidad que conlleva su aplicación en períodos históricos y zonas geográficas no abordadas aún, ha generado una importante proliferación que, sin duda, están confirmando las expectativas puestas en ella. Así, dentro de los nuevos proyectos de investigación arqueológica que abordan grandes extensiones geográficas comienzan a barajarse criterios como los patrones visuales o las relaciones de

intervisibilidad, adquiriendo lo perceptivo una relevancia que hasta ahora no tenía. Sin embargo, este rápido incremento puede conducir, tal y como ocurriera con los análisis de captación económica, a un empleo meramente instrumental, es decir, a una aplicación en la que se rompe el referente teórico que le da sentido, convirtiendo a la visibilidad simplemente en un aspecto más a tener en cuenta. Así, y como ya parece intuirse en algunos estudios, la forma que adquiere el paisaje en función de la existencia de una racionalidad determinada pasa, de ser el elemento estructurador que da sentido a todo el estudio, a conformar el capítulo que sigue al estudio del medio físico y geomorfológico y que prelude la mera descripción de los diferentes asentamientos que controlan la zona estudiada.

Parecidos problemas pueden apuntarse en la asimilación, por quienes estudian los paisajes präteritos y actuales, de las nuevas tecnologías. La paulatina incorporación del bagaje informático e instrumental apuntado anteriormente está abriendo insospechadas posibilidades para la recopilación, manipulación y análisis de la información. Indudablemente la investigación básica y la gestión patrimonial deben aprovecharse de estos avances. No obstante, en ocasiones, su empleo deja traslucir unas pretensiones científicas que poco tienen que ver con el desarrollo teórico analizado en estas líneas. La asunción, tan generalizada, de que la aplicación de procedimientos tecnológicos avanzados proporciona un acercamiento mucho más objetivo a la realidad empírica del pasado debe ser rechazada (Wansleben y Verhart 1997: 54). El empleo de mapas digitalizados, de fotografías aéreas, de datos de distribución, de representaciones virtuales, etc., ofrece una mayor y mejor sistematización de la información, pero nunca de dichas técnicas puede inferirse la forma y sentido en que los fenómenos analizados fueron percibidos y conceptualizados en el pasado. Como ya se apuntó, la deshumanización de los datos y la actitud distante del científico no son suficientes para generar un conocimiento más objetivo.

Pero, independientemente de estas deficiencias apuntadas, lo cierto es que la atención prestada al paisaje en Arqueología ha abierto un fructífero período de experimentación metodológica de la que la disciplina, creemos, saldrá muy transformada. Al asimilar, con mayor o menor acierto, el proceso de replanteamiento teórico que recorre actualmente a las disciplinas científicas, las aproximaciones al paisaje han sido capaces de iniciar un proceso de

(14) Un ejemplo podría ser la deficiente explicación ofrecida por Christopher Tilley cuando arguye la asociación con el culto a los antepasados o los seres sobrenaturales al analizar la significación de la ubicación de los túmulos y megalitos del *Cursus* Dorset (Tilley 1994: 199-200).

(15) Ejemplos en este sentido pueden considerarse los intentos por buscar nuevas estrategias para abordar la dimensión espacial de las sociedades del pasado (Criado Boado 1999); la aplicación de criterios de visibilidad en el estudio de la cultura material cerámica (Cobas Fernández y Prieto Martínez 1998); o los esfuerzos realizados en la búsqueda de nuevos métodos de excavación (Hodder 1997).

renovación metodológico que, aún con numerosas imperfecciones, permite aproximarse a esferas tradicionalmente desatendidas en la práctica arqueológica. Así, y como bien ha demostrado Felipe Criado, las estrategias que plantea la Arqueología del Paisaje presentan un gran valor metodológico por cuanto ofrecen un instrumento útil no sólo para definir la actitud socio-cultural hacia el espacio, sino también para analizar estrategias sociales e ideológicas a través del registro arqueológico (Criado Boado 1991: 25). Es decir, el paisaje, entendido de la manera en que se ha descrito en estas líneas, pretende superar, en última instancia, las limitaciones que el registro arqueológico impone a las inferencias sobre el pasado, ir más allá de la mera concreción del registro e intentar superar los límites físicos de los objetos analizados.

## AGRADECIMIENTOS

Deseo expresar mi gratitud a los miembros del Grupo de Debate sobre Teoría Histórica de la Universidad de La Laguna, así como a Francisco Pérez Caamaño, a la Dra. María McMahon y al Dr. Dimas Martín Socas por los comentarios tan acertados que realizaron al borrador de este texto.

## BIBLIOGRAFÍA

- ANDREWS, G. y THOMAS, R. 1995: "The management of Archaeological Projects. Theory and practice in the UK". En M. A. Cooper, A. Firth, J. Carman y D. Wheatley (eds.): *Managing Archaeology*. Routledge, London-New York.
- ANSCHUETZ, K. F.; WILSHUSEN, R. H. y SCHEICK, C. L. 2001: "An Archaeology of Landscapes: Perspectives and Directions". *Journal of Archaeological Research* 9 (2): 157-211.
- ASHMORE, W. 2002: "'Decisions and Dispositions': Socializing Spatial Archaeology". *American Anthropologist* 104 (4): 1172-1183.
- BARRETT, J. C. 1994: *Fragments from Antiquity: An archaeology of social life in Britain, 2900-1200 BC*. Blackwell, Oxford.
- 2002: "Agency, the Duality of Structure, and the Problem of the Archaeological Record". En I. Hodder (ed.): *Archaeological Theory Today*. Polity Press. Cambridge.
- BARRETT, J. C.; BRADLEY, R. y HALL, M. (eds.) 1991: *Landscape, Monuments and Society. The Prehistory of Cranborne Chase*. Cambridge University Press. Cambridge.
- BAUER, A. A. 2002: "Is what you see all you get? Recognizing meaning in archaeology". *Journal of Social Archaeology* 2 (1): 37-52.
- BENDER, B. 1992: "Theorising Landscape, and the prehistoric Landscape of Stonehenge". *Man* 27: 735-755.
- 1993a: "Landscape-Meaning and Action". En B. Bender (ed.): *Landscape. Politics and Perspectives*. Berg Publishers. Province/Oxford.
- 1993b: "Stonehenge-Contested Landscapes (Medieval to Present-Day)". En B. Bender (ed.): *Landscape. Politics and Perspectives*. Berg Publishers. Province/Oxford.
- 2001: "Landscapes on-the-move". *Journal of Social Archaeology* 1 (1): 75-89.
- 2002: "Time and Landscape". *Current Anthropology* 43 (Supplement): 103-112.
- BENDER, B. (ed.) 1998: *Stonehenge: Making Space*. Berg. Oxford-New York
- BINFORD, L. R. 1965: "Archaeological Systematics and the Study of Culture Process". *American Antiquity* 31: 203-210.
- 1982: "The Archaeology of Place". *Journal of Anthropological Archaeology* 1: 5-31.
- BINTLIFF, J. (ed.) 1995: *The Annales School and Archaeology*. Leicester University Press. London-New York.
- BRADLEY, R. 1989: "Darkness and light in the design of megalithic tombs". *Oxford Journal of Archaeology* 8: 251-259.
- 1990: "Rock Art and the Perception of Landscape". *Cambridge Archaeological Journal* 1 (1): 77-101.
- 1998: *The significance of monuments: on the shaping of human experience in Neolithic and Bronze Age Europe*. Routledge. London-New York.
- 2000: *An Archaeology of Natural Places*. Routledge. London-New York.
- BROTHWELL, D. y HIGGS, E. (comps.) 1980: *Ciencia en Arqueología*. Fondo de Cultura Económica. Madrid.
- BUTZER, K. W. 1989: *Arqueología-Una ecología del hombre: Método y teoría para un enfoque contextual*. Bellaterra. Barcelona.
- CABRERA ACOSTA, M. Á. 2001: *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*. Cátedra. Madrid.
- 2004: *Postsocial History: An Introduction*. Rowman and Littlefield. Lanham.
- CAMPILLO MESEGUER, A. 1985: *Adiós al progreso. Una meditación sobre la Historia*. Anagrama. Barcelona.
- CASANOVA RUIZ, J. 2003: *La historia social y los historiadores ¿Cenicienta o princesa?* Crítica. Barcelona.
- CLARKE, D. L. 1984: *Arqueología Analítica*. Bellaterra. Barcelona.
- COBAS FERNÁNDEZ, I. y PRIETO MARTÍNEZ, M. I. 1998: "Defining social and symbolic changes from the Bronze Age to the Iron Age through operational sequences in NW Iberian pottery". En M. Sarah y M. Vidale (eds.): *Craft specialization: Operational sequences and beyond. Papers from the EAA Third An-*

- nual Meeting at Ravenna 1997. Volume IV.* B.A.R., International Series 720. Oxford.
- COLOMER i SOLSONA, E.; GONZÁLEZ MARCÉN, P.; MONTÓN SUBÍAS, S. y PICAZO GURINA, M. (comps.) 1999: *Arqueología y teoría feminista. Estudios sobre mujeres y cultura material en arqueología.* Icaria. Barcelona.
- CRIADO BOADO, F. 1991: "Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje". *Boletín de Antropología Americana* 24: 7-29.
- 1993a: "Visibilidad e interpretación del registro arqueológico". *Trabajos de Prehistoria* 50: 39-56.
  - 1993b: "Límites y posibilidades de la arqueología del paisaje". *Spal* 2: 9-55.
  - 1999: *Del terreno al espacio: Planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje.* Cuadernos de Arqueología y Patrimonio 6. LAFC. Santiago de Compostela.
- CUMMINGS, V. y WHITTLE, A. 2003: "Tombs with a view: landscape, monuments and trees". *Antiquity* 77 (296): 255-266.
- DANIELS, S. y COSGROVE, D. E. 2000: "Introduction: iconography and landscape". En D. E. Cosgrove y S. Daniels (eds.): *The Iconography of Landscape. Essays on the Symbolic Representation, Design and Use of Past Environments.* Cambridge University Press. Cambridge.
- DARVILL, T. 1997: "Neolithic landscapes: Identity and definition". En P. Topping (ed.): *Neolithic Landscapes: Neolithic Studies Group Seminar Papers 2.* Oxbow. Oxford.
- DARVILL, T.; GERRARD, C. y STARTIN, B. 1993: "Identifying and protecting historic landscapes". *Antiquity* 67: 563-574.
- DYSON-HUDSON, R. y SMITH, E. A. 1983: "Territorialidad humana: una reconsideración ecológica". En M. J. Buxó Rey (ed.): *Cultura y ecología en las sociedades primitivas.* Mítre. Barcelona.
- EDMONDS, M. 1999: *Ancestral Geographies of the Neolithic: Landscapes, monuments and memory.* Routledge. London-New York.
- EVANS, C.; POLLARD, J. y KNIGHT, M. 1999: "Life in woods: tree-throws, 'settlement' and forest cognition". *Oxford Journal of Archaeology* 18 (3): 241-254.
- GARCÍA RAMÓN, M. D. (ed.) 1985: *Teoría y método en la geografía humana anglosajona.* Ariel. Barcelona.
- GIDDENS, A. 1998: *La Constitución de la Sociedad. Bases para la teoría de la estructuración.* Amorrortu. Buenos Aires.
- HARAWAY, D. J. 1995: *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reivindicación de la naturaleza.* Cátedra. Madrid.
- HAWKES, C. 1954: "Archaeological theory and method: some suggestions from the Old World". *American Anthropologist* 56: 155-168.
- HERNANDO GONZALO, A. 1999: "El espacio no es necesariamente un lugar: en torno al concepto de espacio y a sus implicaciones en el estudio de la prehistoria". *Arqueología Espacial* 21: 7-27.
- HIRSCH, E. 1995: "Introduction. Landscape: Between place and space". En E. Hirsch y M. O'Hanlon (eds.): *The anthropology of Landscape. Perspectives on place and space.* Clarendon Press. Oxford.
- HITCHNER, B. 1994: "The merits and challenges of an Annaliste approach to archaeology". *Journal of Roman Archaeology* 7: 408-417.
- HODDER, I. 1982: *Symbols in Action. Ethnoarchaeological Studies of Material Culture.* Cambridge University Press. Cambridge.
- 1997: "'Always momentary, fluid and flexible': towards a reflexive excavation methodology". *Antiquity* 91: 691-700.
- HODDER, I. (ed.) 2002: *Archaeological Theory Today.* Polity Press. Cambridge.
- HOLTORF, C. y KARLSSON, H. (eds.) 2000: *Philosophy and Archaeological practice. Perspectives for the 21st Century.* Bricoleur Press. Göteborg.
- IGGERS, G. G. 1995: *La Ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales. Una visión panorámica y crítica del debate internacional.* Labor. Barcelona.
- INGOLD, T. 1993: "The temporality of the landscape". *World Archaeology* 25 (2): 152-174.
- 1997: "The picture is not the terrain. Maps, paintings and the dwelt-in world". *Archaeological Dialogues* 4 (1): 29-31.
- JOHNSON, M. 2000: *Teoría arqueológica. Una introducción.* Ariel. Barcelona.
- JOHNSTON, R. 1998: "Approaches to the perception of landscape. Philosophy, theory, methodology". *Archaeological Dialogues* 5 (1): 54-68.
- KOPYTOFF, I. 1991: "La biografía cultural de las cosas: la mercantilización como proceso". En A. Appadurai (ed.): *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías.* Grijalbo. México.
- KVAMME, K. L. 1999: "Recent Directions and Developments in Geographical Information Systems". *Journal of Archaeological Research* 7 (2): 153-201.
- LEMAIRE, T. 1997: "Archaeology between the invention and the destruction of the landscape". *Archaeological Dialogues* 4 (1): 5-21.
- LLOBERA, M. 1995: "Exploring the topography of mind: GIS, social space and archaeology". *Antiquity* 70: 612-622.
- 2001: "Building Past Landscape Perception With GIS: Understanding Topographic Prominence". *Journal of Archaeological Science* 28 (9): 1005-1014.
  - 2003: "Extending GIS-based visual analysis: the concept of visualsapes". *Int. J. Geographical Information Science* 17 (1): 25-48.
- LYOTARD, J. F. 1995: *La posmodernidad (explicada a los niños).* Gedisa. Barcelona.
- OLWIG, K. R. 1993: "Sexual Cosmology: Nation and Landscape at the Conceptual Interstices of Nature and

- Culture; or What does Landscape Really Mean?”. En B. Bender (ed.): *Landscape. Politics and Perspectives*. Berg Publishers. Province/Oxford.
- OREJAS, A. 1995: *Del ‘marco geográfico’ a la arqueología del paisaje. La aportación de la fotografía aérea*. CSIC. Madrid.
- ORTEGA VALCÁRCEL, J. 2000: *Los horizontes de la geografía. Teoría de la geografía*. Ariel. Barcelona.
- PARKER PEARSON, M. y RICHARDS, C. (eds.) 1999: *Architecture and order: approaches to social space*. Routledge. London-New York.
- PATRIK, L. E. 2000: “Is There an Archaeological Record?”. En J. Thomas (ed.): *Interpretive Archaeology. A Reader*. Leicester University Press. London-New York.
- REDMAN, Ch. L. 1990: *Los orígenes de la civilización. Desde los primeros agricultores hasta la sociedad urbana en el Próximo Oriente*. Crítica. Barcelona.
- RELPH, E. 1983: *Place and placelessness*. Pion. London.
- RICHARDS, J. 1990: *The Stonehenge Environs Project*. English Heritage. London.
- ROSKAMS, S. 2003: *Teoría y práctica de la excavación*. Crítica. Barcelona.
- RUIZ ZAPATERO, G. 1998: “Fragmentos del pasado: la presentación de sitios arqueológicos y la función social de la arqueología”. En P. González Marcén (ed.): *Arqueología i ensenyament*, Treballs d’Arqueologia. Barcelona.
- SANTOS ESTÉVEZ, M. y CRIADO BOADO, F. 1998: “Espacios rupestres: del panel al paisaje”. *Arqueología Espacial* 19-20: 579-595.
- SCARRE, C. 2002: “Introduction: situating monuments. The dialogue between built form and landform in Atlantic Europe”. En C. Scarre (ed.): *Monuments and Landscape in Atlantic Europe: Perception and Society during the Neolithic and Early Bronze Age*, Routledge. London-New York.
- SCOTT, J. W. 1999: *Gender and the Politics of History. Revised Edition*. Columbia University Press. New York.
- SHANKS, M. y TILLEY, C. 1987: *Re-Constructing Archaeology: Theory and Practice*. University Press. Cambridge.
- STODDART, S. 1997: “GIS: a useful research technique, not an end in itself”. *Archaeological Dialogues* 4 (1): 65-70.
- THOMAS, J. 1993: “The politics of Vision and the Archaeologies of Landscape”. En B. Bender (ed.): *Landscape. Politics and Perspectives*. Berg Publishers. Province/Oxford.
- 1998: “The socio-semiotics of material culture”. *Journal of Material Culture* 3 (1): 97-108.
- 2002: “Archaeologies of Place and Landscape”. En I. Hodder (ed.): *Archaeological Theory Today*. Polity Press. Cambridge.
- 2003: *Understanding the Neolithic. A revised second edition of Rethinking the Neolithic*. Routledge. London-New York.
- TILLEY, C. 1994: *A Phenomenology of Landscape: Places, Paths, and Monuments*. Berg. Oxford.
- 1996: “The powers of rocks: topography and monument construction on Bodmin Moor”. *World Archaeology* 28 (2): 161-176.
- TRIGGER, B. 1992: *Historia del pensamiento arqueológico*. Crítica. Barcelona.
- TRINGHAM, R. 2000: “Lugares con género en la Prehistoria”. *Arqueología Espacial* 22: 187-221.
- TUAN, Y.F. 1974: “Space and Place: Humanistic Perspective”. *Progress in Geography* 6: 211-252.
- UNWIN, T. 1995: *El lugar de la geografía*. Cátedra, Madrid.
- WAINWRIGHT, G. J. 1989: “The management of the English landscape”. En H. Cleere (ed.): *Archaeological Heritage Management in the Modern World*. Unwin Hyman. London.
- WANSLEEBEN, M. y VERHART, L. 1997: “Geographical Information Systems. Methodical progress and theoretical decline?”. *Archaeological Dialogues* 4 (1): 53-64.
- WATSON, A. 2001: “Composing Avebury”. *World Archaeology* 33 (2): 296-314.
- WATSON, P. J.; LeBLANC, S. A. y REDMAN, C. L. 1974: *El método científico en arqueología*. Alianza. Madrid.
- WHITTLE, A. 1997: “Moving on and moving around: Neolithic settlement mobility”. En P. Topping (ed.): *Neolithic Landscapes: Neolithic Studies Group Seminar Papers 2*. Oxbow. Oxford.
- WILLIAMS, R. 2001: *El campo y la ciudad*. Paidós, Barcelona.
- WYLIE, A. 1999: “La interacción entre las limitaciones de la evidencia y los intereses políticos: investigaciones recientes sobre el género”. En L. Colomer et al. (eds.): *Arqueología y teoría feminista. Estudios sobre mujeres y cultura material en arqueología*. Icaria. Barcelona.
- YENTSCH, A. y BEAUDRY, M. C. 2002: “American Material Culture in Mind, Thought, and Deed”. En I. Hodder (ed.): *Archaeological Theory Today*. Polity Press. Cambridge.
- YESNER, D. R. 1983: “Cazadores-Recolectores marítimos: ecología y prehistoria”. En M. J. Buxó Rey (ed.): *Cultura y ecología en las sociedades primitivas*. Mitre. Barcelona.